

Traducción de
ADOLFO CASTAÑÓN

DESPUÉS DE BABEL

Aspectos del lenguaje y la traducción



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO-MADRID-BUENOS AIRES

IV. LAS AMBICIONES DE LA TEORÍA

1

ABUNDAN las obras sobre la teoría, la práctica la historia de la traducción.¹ Pueden dividirse en cuatro periodos, cuyas líneas divisorias no son absolutas en ningún sentido.

El primer periodo abarcaría desde el célebre precepto de Cicerón de no traducir *verbum pro verbo*, contenido en su *Libellus de optimo genere oratorum*, del año 46 a. c. y que Horacio reformula en su *Ars poetica*, unos veinte años después, hasta el comentario sibilino con que Hörlderlin acompaña sus traducciones de Sófocles (1804). A lo largo de este extenso periodo, los análisis y las conclusiones fundamentadas surgen directamente del trabajo del traductor. Incluye las observaciones y las polémicas de San Jerónimo, la magistral *Sendbrief vom Dolmetschen* de Lutero (1530), los argumentos de Du Bellay, Montaigne y Chapman, los de Jacques Amyot a los lectores de su Plutarco, los apuntes de Ben Jonson sobre la imitación, las lucubraciones de Dryden sobre Horacio, Quintiliano y Jonson, los juicios de Pope sobre Homero y los de Rochefort sobre la Iliada. La teoría de la traducción propuesta por Florio es el fruto de sus esfuerzos por traducir a Montaigne; las ideas generales de Cowley están estrechamente ligadas a la casi imposible tarea de traducir al inglés las Odas de Píndaro. En esta primera fase, hay textos teóricos de primer plano, como por ejemplo *De interpretatione recta* de Leonardo Bruni (circa 1420), y *De optimo genere interpretandi*, de Pierre Daniel Huet, publicado en París en 1680, después de una versión anterior menos completa impresa en 1661. El tratado de Huet representa, una de las exposiciones más completas y centradas de que tengamos noticia sobre la naturaleza y los problemas de la traducción. Sin embargo, este primer periodo se caracteriza por su pronunciada orientación empírica.

Se puede decir que esta época, de formulación básica y notación técnica, concluye con la obra de Alexander Fraser Tytler (Lord Woodhouselee), *Essay on the Principles of Translation*, impresa en Londres en 1792, y con el definitivo ensayo de Friedrich Schleiermacher, *Ueber die verschiedenen Metho-*

den des Uebersetzens de 1813. Esta segunda fase es de teoría e investigación hermenéutica. La cuestión de la naturaleza de la traducción es planteada dentro del contexto más general de las teorías sobre el espíritu y el lenguaje. Aquí el tema adquiere un vocabulario y una metodología específicas que lo libran de las exigencias y particularidades de un texto determinado. El enfoque hermenéutico —o sea, el análisis de lo que significa "comprender" un discurso oral o escrito, y el intento de elucidar este proceso de acuerdo con un modelo general de la significación— fue iniciado por Schleiermacher y luego adoptado por A. W. Schlegel y Humboldt. Confiere al problema de la traducción categoría francamente filosófica. Salta a la vista que subsiste la corriente de intercambios entre teoría y necesidad práctica para continuar. A este enfoque le debemos muchas de las más reveladoras descripciones de la actividad del traductor y de las relaciones entre las lenguas.

Recuérdense los textos de Goethe, Schopenhauer, Matthew Arnold, Paul Valéry, Ezra Pound, I. A. Richards, Benedetto Croce, Walter Benjamin y Ortega y Gasset. Esta época de definición y de teoría filosófico-poética que ya comporta una historiografía de la traducción se extiende hasta el insipido aunque poco sistemático ensayo que Valéry Larbaud escribió *Sous l'invocation de Saint Jérôme* (1946).

Después entramos de lleno en la corriente moderna. Los primeros artículos sobre la traducción automática aparecen a finales del decenio de 1940. Los investigadores y críticos rusos y checos, herederos del movimiento formalista, aplican la teoría lingüística y los métodos estadísticos a la traducción. Se dan intentos, entre los que sobresale *Word and Object* de Quine (1960), encaminados a documentar gráficamente las relaciones entre la lógica formal y los modelos de transferencia lingüística. La lingüística estructural y la teoría de la información se introducen en el análisis del trato interlingüístico. Los traductores profesionales fundan asociaciones internacionales y se multiplican las revistas especializadas. Es un momento de intensa investigación a menudo colectiva, que *Introducción a la teoría de la traducción* (Vvednie v teoriju perevoda, Moscú, 1953) de Andrei Fodorov ilustra bastante bien. Las nuevas orientaciones se exponen en dos ámbitos fundamentales: *On Translation*, compilado por R. J. A. Brower, publicado en Harvard en 1969, y *The Craft and Context of Translation: A Critical Symposium*, que William

¹ Véase bibliografía.

Arrowsmith y Roger Shattuck reunieron para su publicación por la University of Texas Press en 1961.

En muchos sentidos, aún nos hallamos en esta tercera fase. Los enfoques ilustrados en estos dos libros —lógico, contrastante, literario, semántico, comparativo— aún se desarrollan en la actualidad. Pero desde principios de los años sesentas, el hincapié se ha ido desplazando. El "descubrimiento" del texto de Walter Benjamin, "Die Aufgabe des Uebersetzers", originalmente publicado en 1923, sumado al poderoso ascendente de Heidegger y a la influencia de Hans-Georg Gadamer, ha dado nueva vida a las investigaciones hermenéuticas, casi metafísicas, sobre la traducción y la interpretación. Ha decaído la confianza que inspiraba la traducción mecánica entre 1950 y 1960. El desarrollo de la gramática generativa y transformacional ha vuelto a poner en el primer plano del pensamiento lingüístico la querrela entre "universalistas" y "relativistas". Como hemos visto, la traducción ofrece un terreno privilegiado donde evaluar los temas e hipótesis. Aún más que en la década de 1950, el estudio de la teoría y práctica de la traducción se ha convertido en un punto de contacto entre las disciplinas ya establecidas y las más recientes. Establece una sinapsis para hacer investigaciones en la psicología, la antropología, la sociología, y en campos interdisciplinarios como la etnolingüística y la sociolingüística. Una publicación como *Anthropological Linguistics* o una compilación de artículos como *Psycho-Biology of Language* dan testimonio. Aquel adagio, familiar a Novallis y a Humboldt, según el cual toda comunicación es traducción, ha cobrado mayor fuerza técnica y fundamentos más filosóficos. Los comunicados sobre la teoría de la traducción presentados en 1969, en el Congreso de la Asociación Británica para la Lingüística Aplicada, o los que fueron publicados dos años después en *Interlingüística*, en homenaje al profesor Mario Wądruszka, quizás el representante más influyente de la lingüística de los contrastes, ilustran adecuadamente la vasta gama de exigencias técnicas que implica hoy día el estudio de la traducción. La filología clásica, la literatura comparada, la estadística léxica y la etnografía, la sociología del habla de clase, la retórica formal, la poética y el estudio de la gramática confluyen en el propósito de esclarecer el acto de la traducción y los mecanismos de la "vida entre las lenguas".

Pero, a pesar de una historia tan rica y a pesar de la talla de quienes han escrito sobre el arte y la teoría de la traduc-

ción, el número de las ideas originales y significativas sigue siendo muy limitado. Ronald Knox reduce a dos preguntas todo el tema: ¿qué debe predominar, la versión literaria o la versión literal? ¿Está el traductor en libertad de expresar el sentido del original en cualquier estilo y giro que elija? ¿Limitar la teoría de la traducción a estas dos preguntas, que en el fondo hacen una, es una excesiva simplificación. Pero el argumento de Knox es válido. Después de dos mil años de discusiones y de preceptos, las ideas y los desacuerdos sobre la naturaleza de la traducción han sido, por así decirlo, los mismos. Casi sin excepción, desde Cicerón y Quintiliano hasta nuestros días, reaparecen en el debate las mismas tesis y refutaciones.

La pregunta, tan vieja como el mundo, de si la traducción es en verdad posible se remonta a los escríptulos de orden religioso y psicológico relativos a la legitimidad del paso de una lengua a otra. En la medida en que el lenguaje es esencia divina y numinosa, en la medida en que envuelve revelación, su transmisión activa ya sea a la lengua vulgar o a través de las barreras entre las lenguas, resulta dudosa o francamente condenable. En San Pablo se percibe una gran repugnancia a descifrar, ante la devaluación que implica toda transcripción interpretativa: en sustancia, todo acto de traducción lleva hacia abajo, nos aleja un grado de la manifestación directa del *logos*. La primera Epístola a los Corintios, 14, esa admirable digresión sobre el *præuma* y la multiplicidad de las lenguas, es ambigua. Si no está presente ningún intérprete, que guarde silencio el forastero. Pero no porque no tenga nada que decir. Su discurso se dirige a sí mismo y a Dios: *sibi autem loquatur et Deo*. Además, cuando la palabra es auténtica no debe haber traducción. El que ha estado en Cristo y ha podido oír palabras indecibles, *arcana verba*, no deberá repetirlos en ninguna lengua mortal. La traducción sería una blasfemia (II Epístola a los Corintios, 12:4). El judaísmo conoce un tabú aún más radical. El *Megillahh Tarrith*, que según se cree se remonta al siglo I d. C., nos dice que el mundo se oscureció durante tres días cuando la Ley fue traducida al griego.

En la mayoría de los casos, y ciertamente después del final del siglo XV, el postulado de la intraducibilidad tiene bases exclusivamente seculares. Se funda en la convicción, a la vez formal y pragmática, de que dos sistemas semánticos no pue-

² Ronald Knox, *On English Translation*, Oxford, 1957, p. 4.

den devolverse mutuamente su imagen ni establecer una simetría real. Pero esta concepción comparte con la traducción religiosa y mística una impresión de pérdida. La fuerza viva, la luminosidad y la presión del texto original no sólo disminuyen con la traducción; se abaratan. De algún modo, la entropía es también adulteración. Traducidos al francés, decía Heine, sus poemas alemanes eran "luna rellena de paja". O como Nabokov escribió en su poema "On Translating ' Eugene Onegin'":

*What is translation? On a platter
A poet's pale and glaring head,
A parrot's screech, a monkey's chatter,
And profanation of the dead.*

[¿Qué es la traducción? En una bandeja / la pálida cabeza de un poeta, / El chillido de un loro, el gruñido de un mono, / y la profanación de los muertos].

Como toda lengua humana está hecha de señales arbitrarias pero intencionalmente convencionalizadas, la significación no puede dissociarse por completo de la forma expresiva. Incluso los términos más puramente externos en apariencia neutros, están incrustados en la particularidad lingüística, injertos en un molde intrincado de hábitos históricos y culturales. No hay superficies de transparencia absoluta. No se sigue la misma vía semántica para llegar al francés *soixante dix* que para llegar al inglés *seventy*. El inglés puede reproducir la discriminación que establece el húngaro entre *batya* y *öccs*, primitivo y Benjamín, pero le es imposible hallar un equivalente para los reflejos de asociaciones lógicas y para las valuaciones internas que han generado y, a su vez, han sido consolidados por las dos palabras húngaras. "Así, ni siquiera las 'nociones básicas' los ejes de la esfera de la experiencia humana, escapan del terreno de la disposición y la segmentación arbitraria de las convenciones subsiguientes; y la medida en que las fronteras semánticas, tal como están determinadas por la forma y el uso lingüístico coinciden con las zonas de demarcación absolutas del mundo que nos rodea, resulta insignificante."³

De este modo se enuncia en nuestros días el problema de la disonancia semántica. Pero los elementos del debate ya

³ "Impossibilities of Translation" de Werner Winter, en *The Craft and Context of Translation*, de William Arrowsmith y Roger Shattuck (eds.) Anchor Books, Nueva York, 1964, p. 97.

eran antiguos cuando Du Bellay los discutó en su *Défence et illustration de la langue française* de 1549. San Jerónimo ya había recurrido a ellos en sus epístolas y prefacios. Dante los reiteró donosamente en el *Convivio*: "Nulla cosa per legarne musaico armonizzata si può de la sua loquela in alta *transmutare, senza rompere tutta sua dolcezza e armonia*." ["...ninguna cosa armonizada por el enlace de las musas se puede llevar de su habla a otra sin romper toda su dulzura y armonía".] La fuerza, el *ingegno* de una lengua, no puede ser exportado. A Du Bellay debemos una imagen definitiva: "*Toutes lesquelles choses se peuvent autant exprimer en traduisant comme un peintre peut représenter l'âme avec le corps de celui qu'il entreprend tirer après le naturel*." [Cosas que se pueden expresar traduciendo del mismo modo que un pintor puede representar el alma con el cuerpo de quien pretende dibujar del natural.] Volvemos siempre a lo mismo: las cenizas no traducen el fuego.

Tradicionalmente, la discusión se centra en la poesía. Aquí el fondo y la forma se ayuntan tan estrechamente que resulta inadmisibles dissociarlos. La conclusión de Diderot en *La Lettre sur les sourds et muets* (1751) no tiene nada de original; pero lo que asombra es el modo en que formula, anticipándose a ella, nuestra moderna "semiología": nada traducirá "*L'emblème délité, l'hieroglyphe subtile qui règne dans une description entière, et qui dépend de la distribution des longues et des brèves... Sur cette analyse, j'ai cru pouvoir assurer qu'il était impossible de rendre un poète dans une autre langue; et qu'il était plus commun de bien entendre un géomètre qu'un poète*." [El emblema desplegado, el jeroglífico sutil que reina en una descripción entera, y que depende de la distribución de las largas y de las breves... Sobre este análisis, he creído poder asegurar que era imposible trasladar un poeta a otra lengua: y que era más común comprender bien a un geómetra que a un poeta.]

Y Rilke en su carta a la condesa Sizzo de marzo de 1922, no descubre nada nuevo cuando afirma que cada palabra de un poema posee un valor semántico único, que establece la plenitud de la gama contextual y la tonalidad. Lo que resulta interesante es su insistencia en que esto se aplique a las partes del discurso más triviales y gramaticalmente planas, y que es esto lo que separa al poema de todo uso corriente de su propia lengua: "*Kein Wort im Gedicht (ich meine jedes "und" oder, "der", "die", "das") ist identisch mit dem gleichlauten-*

den Gebrauchs- und Konversationswort; die reinere Gesetzmässigkeit, das grosse Verhältnis, die Konstellation, die es im Vers oder in künstlerischer Prosa einnimmt, verändert es bis in den Kern seiner Natur, macht es nutzlos, unbrauchbar für den blossen Umgang, unberührbar und bleiben... "Ni una palabra en poesía (quiero decir, aun cada "y" o "la", "el", "lo") es idéntica a la palabra del mismo sonido que se emplea cotidianamente o en conversación; el orden más estricto, la gran relación, la constelación que adquiere en el verso o en la prosa artística modifica hasta el meollo su naturaleza misma, la hace inútil, inutilizable para el mero trato, intocable y duradera..."] Si la distancia es tan radical en el interior de una lengua, será mucho mayor tratándose de la traducción. El argumento va implícito en el Prefacio del Dr. Johnson al *Dictionary* de 1755; y será traído a colación precisamente dos siglos más tarde, cuando Nabokov declare, aludiendo a las versiones inglesas de Puschkin, que cuando se trata de traducir poesía solamente el más desmañado literalismo escapa del fraude. El poeta rumano moderno Marin Sorescu resume con ingenio el inventario de ese rechazo en un poema intitulado "traducción":

Asistía a un examen
En una lengua muerta.
Tenía que traducirme
De hombre a simio.

Lo hice con calma
Traduciendo primero
Un texto de un bosque.

La traducción se volvía difícil
A medida que me acercaba a mí mismo.

No sin dificultad
hallé equivalentes satisfactorios
para las uñas y los pelos en los pies.
Al llegar a las rodillas
empecé a tartamudear.

Tembló mi mano al acercarse al corazón
manchando el papel de luz.

Aun así, procuré arreglar las cosas
con el pelo del pecho.

Pero consumí mi fracaso
en el alma.

No es otra la imagen de Jochim Du Bellay.⁴

Los ataques lanzados en contra de la traducción de textos poéticos son sencillamente la expresión más radical de la tesis común conforme a la cual no se traduce una lengua sin pérdida fundamental. Formal y sustancialmente es posible hacer valer los mismos argumentos en relación con la prosa, tanto por lo que hace a su fondo como a su forma. Los mismos argumentos cobran especial intensidad cuando se trata de filosofía. Leer a Platón o a Kant, comprender a Descartes o a Schopenhauer significa empuñarse en una compleja empresa de reconstrucción semántica con la seguridad de que no se desembocará en ninguna certidumbre. Y es justamente la desbarataza pureza del pensamiento filosófico "lo que ha hecho de la filosofía una Babel de confusión. Muchos de sus conceptos abstractos eluden la ejemplificación. Otros son refractarios a la definición. Otros más, se dejan definir pero no concebir: el "ser" y la "nada", el *ἄρρητος* de Plotino, la *Trascendencia* de Kant, la *deitas* (opuestas a *deus*) de la tradición mística medieval de "conceptos", sólo tienen el nombre... El vocabulario filosófico ha evolucionado de diversos modos hasta en las lenguas más afines con la consecuencia de que una gran cantidad de distinciones presentes en griego, en latín o en alemán son prácticamente imposibles de hacer en inglés.⁵ En el caso de la poesía, tales obstáculos son a un tiempo desventajas contingentes y síntomas de integridad. Pero en cuanto pasamos a la filosofía, los problemas de intraducibilidad afectan el núcleo mismo de la empresa filosófica. Ya en el *Cratilo* o en el *Parménides*, se nos hace sentir la tensión entre la ambición de universalidad, la búsqueda de un apoyo crítico independiente de las condiciones geográficas y temporales, y las particularidades relativistas de una lengua

⁴ O la de Leopardi, cuando escribe en ese vasto libro de lugares comunes, el Zibaldone, en el texto correspondiente al 27 de julio de 1822: "Las ideas se encuentran encerradas y casi enlazadas a las palabras como piedras en un anillo. En verdad se incorporan a ellas como el alma en el cuerpo, a fin de constituir un todo. De ahí que las ideas sean inseparables de las palabras, y que cuando se encuentran separadas ya no sean las mismas. Eluden nuestro intelecto y el poder de nuestro entendimiento: se vuelven irreconocibles, lo mismo que le sucedería a nuestra alma si se separase de nuestro cuerpo."

⁵ E. B. Ashton, "Translating Philosophie", *Delos*, VI, 1971, pp. 16-17.

determinada. ¿En qué forma puede lo particular englobar y expresar lo universal? El paradigma matemático de Descartes y la interiorización kantiana de las categorías de la percepción, —la anterioridad del espíritu en relación con la lengua— se empujan en romper el confinamiento verbal. Pero ninguno de ellos puede ser demostrado desde el exterior. Al igual que todo discurso verbal, la filosofía es indisoluble de sus propios instrumentos ejecutivos. Para retomar la enigmática pero elocuente expresión de Hegel, hay un "instinto de lógica" en cada lengua, lo cual no garantiza de ningún modo que los enunciados sobre los universales puedan traducirse. Comprender la filosofía, comprender la poesía, significa poner a prueba la interpretación, exigir y confiar al mismo tiempo en que se avanza por un terreno lingüístico inestable.⁶

Entre el poema o texto metafísico más oscuro y la prosa más llana, el problema de la traducibilidad sólo registra variaciones de grado. El lenguaje, dice Croce, es intuición, en cualquier sentido riguroso y exhaustivo todo acto lingüístico carece de precedentes; es instantáneamente creador en la medida en que modela, magnifica o modifica, el potencial intelectual y sensible. Estrictamente hablando, ningún enunciado es íntegramente repetible (por breve que sea el tiempo transcurrido). Traducir es elevar la imposibilidad de la repetición a un segundo y un tercer grado. *L'intraducibilità* es la vida del habla.

La defensa de la traducción tiene sus antecedentes religioso y místico, del mismo modo que los tenía la acusación. Incluso si siguen siendo oscuras las razones exactas del desastre de Babel, sería un sacrilegio atribuir a este acto divino una finalidad irreparable y confundir el vaivén de las rela-

⁶ El problema de la traducibilidad de los textos filosóficos ha interesado a I. A. Richards a lo largo de toda su obra, sobre todo en *Mencius on The Mind*. Hay discusiones inapreciables de problemas particulares en *Journal Letters of Stephen McKenna*, edición al cuidado de E. R. Dodds, Londres, 1936. Cf. también en Johannes Lohmann, *Philosophie und Sprachwissenschaft*, Berlín, 1965 y Hans-Georg Gadamer, *Hegels Dialektik*, Tübinga, 1971. Para una discusión crítica de todo el enfoque hermenéutico, cf. Karl-Otto Apel, Claus von Bor-mann, *et al.*, *Hermeneutik und Ideologiekritik*, Frankfurt, 1971. Aunque no trata directamente de la filosofía, el ensayo de Peter Szondi "Über philologische Erkenntnis" (*Die Neue Rundschau*, LXXIII, 1962) es una brillante introducción al problema de una "ciencia de la comprensión".

⁷ Esta tesis fue desarrollada por Croce en su *Estética*. Bari, 1926.

ciones entre Dios y los hombres hasta en, y sobre todo en, la hora del castigo. Pues del mismo modo que es posible prever en la Caída, ya la venida del Redentor, podría pensarse que la diversidad de las lenguas en Babel contiene, bajo la forma de un apremiante potencial moral y práctico, el retorno a la unidad lingüística, el movimiento hacia, y más allá de Pentecostés. Vista desde este ángulo, la traducción es un imperativo teleológico, una búsqueda tenaz de todas las fisuras, y las compuertas a través de las que las corrientes divididas del habla humana buscan su salida hacia un océano único, como quiere la predestinación. Hemos visto la fuerza de esta tradición, sus consecuencias teóricas y prácticas para la Cábala y para los Iluminados. Es ella la que corre bajo la sutil exaltación de Walter Benjamin, para quien el traductor es el que hace surgir la chispa, el que crea, gracias a un eco espontáneo, una lengua más cercana a la unidad primigenia del lenguaje que el texto original o la lengua a la que se traduce. No es otro "el reino final del lenguaje", el presagio palpitante de ese discurso perdido pero más integral que se encuentra emboscado, por así decirlo, entre y tras las líneas del texto. Sólo la traducción tiene acceso a ese reino. Un acceso que tendrá que ser parcial mientras no se logre gobernar a Babel. Por eso, sostiene Walter Benjamin, "la cuestión de la traducibilidad de ciertas obras seguiría estando abierta aun si fueran intraducibles para los hombres". De todas maneras es fuerza hacer el intento y perseverar en él. "Cada traducción es una tentativa mesiánica que acerca la redención", proclamaba Franz Rosenzweig al anunciar su proyecto de traducir al alemán el Antiguo Testamento.

El punto de vista religioso no estaba desprovisto de consideraciones prácticas. Buena parte de la teoría y la práctica de la traducción en Occidente es resultado directo de la necesidad de difundir el Evangelio, de la necesidad de decir la palabra de Dios en otras lenguas —*variis linguis, prout Spiritus sanctus dabit eloqui illis* (Hechos de los Apóstoles 2: 4). La *translatio* del mensaje y de los hechos de Cristo a la lengua vulgar es un tema constante de la patristica y de la vida de la iglesia primitiva. De San Jerónimo a Lutero, es lugar común, pregonado y obedecido sin cesar. Nadie debe verse excluido de la salvación por las barreras del lenguaje. Cada expedición revela la existencia inquietante de numerosos pueblos a quienes la distancia y la lengua han privado de la promesa de Cristo. (La obra de Huet sobre la traducción

refleja el enigma que plantea a la teología el exilio aparentemente accidental, el destierro del reino de la verdad revelada en que vivían las naciones primitivas.⁸ Traducir la Escritura a estas lenguas literalmente privadas de la luz es un deber que no admite tardanzas. En el interior de la Iglesia cada tentativa de reforma va acompañada de una invitación a realizar versiones más auténticas y más accesibles de la palabra sagrada. En cierto sentido, una reforma puede ser definida como un llamado a una traducción más completa y concreta de las enseñanzas de Cristo así en la vida como en la lengua cotidianas. La evidencia extasiada de esta convicción se deja sentir con toda su fuerza cuando dos traductores de genio unen sus fuerzas, como por ejemplo cuando Tyndale retoma las *Exhortaciones al estudio diligente de la escritura* (1529) de Erasmo de Rotterdam.

I would desire that all women should read the Gospel and Paul's epistles, and I would to god they were translated into the tongues of all men. So they might not only be read and knowe of the scores and tryshmen, But also of the Turkes and Saracenes. Truly it is one degree to good livinge, yee the first (I had almost sayde the cheffe) to have a little sight in the scripture, though it be but a grosse knowledge. . . I would to god the plowman would singe a texte of the scripture at his plowbeme, and that the weaver at his lowme with this world drive away the tediousness of tyme.

[Desearía que todas las mujeres leyeran el Evangelio y las Epístolas de San Pablo, y rogaría a Dios que se tradujeran a todas las lenguas. De modo que no sólo pudiesen ser leídas y conocidas por los escoceses e irlandeses. Sino también por los turcos y los sarracenos. En verdad uno de los peñaños del buen vivir, el primero (estuve a punto de decir el principal) es tener un atisbo de la escritura, así se trate solamente de un conocimiento burdo. . . Rogaría a Dios que el labrador cantara un texto de la Escritura junto a su arado y que el tejedor hiciera lo mismo junto a su telar apartando de ellos el tedio del tiempo.]

La idea de que la traducción es esencial para el progreso espiritual del hombre pasó por simple analogía del dominio religioso al secular. Ambos debían su existencia a la ciencia y al patrocinio de la Iglesia. Aunque la discusión sobre si debían

⁸ Cf. A Dupront, *Pierre-Daniel Huet et l'exégèse comparatiste au xvii^e siècle*, París, 1930.

o no ser leídos y traducidos los textos paganos sea casi tan vieja como la cristiandad misma y se encienda con frecuencia periódica, salta a la vista que la difusión de los clásicos se debe a la Iglesia de Occidente. El pontificado de Nicolás V fue breve (sólo ocupó la Santa Sede de 1447 a 1455), pero esos años fueron testigos de uno de los giros decisivos en la historia del acceso a la civilización. Lorenzo Valla tradujo a Tucídides, Guarino a Estrabón, Niccolò Perotti recibió 500 escudos en pago de su Polibio, Valla y Piero Candido Decembrio emprendieron el traslado de la *Itáda* a la prosa latina. Siguieron versiones más o menos completas y más o menos exactas de Xenofonte y de Ptolomeo. El *corpus* aristotélico fue revisado y completado. Como lo expresa Symonds en su *Historia del Renacimiento en Italia*, * toda Roma se había convertido en "una fábrica de traducciones del griego al latín". La justificación era orgullosamente obvia. Sólo la traducción podía asegurar que el hombre moderno no se viese despojado de la sabiduría y la herencia del pasado. La *dignitas* de la persona humana, la trascendente realidad de su intelecto, se afirmaban en el hecho de que el mundo nuevo pudiese reconocerse a sí mismo en la excelencia del antiguo. Aunque sus interpretaciones fueran en gran parte erróneas, Marsilio Ficino encontró en Platón un espejo de aumento, una imagen más suntuosa, aunque perfectamente reconocible, así de sus propios rasgos como de los de sus contemporáneos. Una humanidad común era lo que hacía posible la traducción.

Durante los dos siglos que separan pontificado del Papa Nicolás V del Rabelais de Urquhart (1653), la historia de la traducción coincide con la del pensamiento y la sensibilidad occidentales al mismo tiempo que informa y organiza. Ninguna composición "original" es tan rica en nuevas intuiciones intelectuales y sociales como el Nuevo Testamento de Erasmo (1516) o la Biblia de Lutero (1522-1534). No podemos discutir el desarrollo de la sensibilidad inglesa en los periodos de los Tudor, de la reina Isabel y de Jacobo I de las nuevas perspectivas abiertas por la traducción que Arthur Golding hizo de *La guerra de las Galias* en 1565, por el Plutarco de North (1579), por el Tito Livio de Philemon Holland (1600) y por la *Authorized Version* de la Biblia. Los criterios adoptados, la distancia hermenéutica que se ensayó poner en práctica o que inconscientemente fue instaurada por los traductores de

* John Addington Symonds, *El Renacimiento en Italia*. Traducción de Wenceslao Roces. México, 1957. Fondo de Cultura Económica.

los siglos XVI y XVII varían y llegan a ser contradictorios. La Antigüedad es "inventada" antes de ser descubierta, pues su presencia, aunque a veces furtiva, no se había disipado del todo en la conciencia de la Edad Media—y esta invención condujo a su vez a abordar el presente y el futuro desde nuevos ángulos. La traducción proporcionó a las fuerzas creadoras de la Europa Barroca y Renacentista una certidumbre adicional que, no por indispensable, dejaba de ser en gran parte ficticia. La exuberancia de Rabelais, de Montaigne y, en menor grado, de Shakespeare, encontró en el precedente clásico un benéfico contrapeso, un medio flexible pero firme para llegar a la medida y el orden. Pero la de "contrapeso" es una imagen demasiado estática. La presencia de Platón, Séneca y Ovidio en la vida intelectual de la Europa de los siglos XV y XVI garantizaba, por una parte, que la organización de la fantasía y la metáfora podía ser sostenida con toda intensidad sin temor a caer en la confusión, que la inteligencia humana podía volver de los lugares más remotos enriquecida por el testimonio de una forma razonada y, por otra, incitaba a rebelarse en contra de los logros clásicos y a ir más allá de ellos. (Como ha mostrado Koyré, la ciencia de Galileo depende de la misma relación dialéctica con el contexto aristotélico en que se baña: se apoya en la teoría clásica al mismo tiempo que reniega de ella). Así fueron los traductores del Renacimiento y de la Reforma, de Marsiglio Ficino y su *Repubblica* a Louis Le Roy, pasando por el Tucídides de Claude de Seyssel quienes contribuyeron de modo sobresaliente a preparar la cronología, la topografía de referencia sobre las que se desarrollarían las letras occidentales y cuya autoridad manifiesta sólo ha sido puesta en duda en fechas muy recientes. La confianza, la necesidad de un eco ideal, eran tan grandes—"se conquistaba cuando se traducía", dice Nietzsche—que esa anexión tenía éxito aun cuando fuese indirecta. El Plutarco de North no es una recreación a partir del original griego sino de la versión francesa publicada por Jacques Amyot veinte años antes. Los modelos franceses y latinos, ellos mismos derivados de una compleja tradición iconográfica y alegórica que se remonta al Otoño de la Edad Media, desempeñan un papel de primordial importancia en la dispareja comprensión que Chapman tiene de Homero (los primeros siete cantos de la *Iliada* aparecen en 1598). En una época de innovaciones desbordantes, y en medio de un peligró real de saciedad y de desorden, la traducción absorbió, orientó, dio forma y figura

a la indispensable materia bruta. Fue, en el sentido más pleno del término, la *matière première* de la imaginación. Además, estableció una lógica de relaciones entre el pasado y el presente y entre las diversas lenguas y tradiciones desperdigadas por la doble presión del nacionalismo y de los conflictos religiosos. Con sus poemas en inglés, latín e italiano y con su íntimo conocimiento del hebreo y del griego, el libro de poemas de Milton de 1645 representa la ilustración más perfecta de la premeditada contemporaneidad de lo antiguo y lo moderno y de aquella uniforme diversidad—tan coherente como las facetas de un cristal—que distingue por entonces a Europa y que se debe precisamente a doscientos años de traducción.

En un periodo tan extraordinario y floreciente en realizaciones, las apologías de la traducción tienden a adoptar un aire triunfante y a convertirse en elogios. A nadie le parecía necesario abundar en la afirmación de Giordano Bruno, retransmitida por Florio, conforme la cual "de la traducción nacen las raíces de toda ciencia". La recreación que hizo Florio de Montaigne, publicada en 1603, incluía un poema introductorio debido a Samuel Daniel. La apología de Daniel es un ejemplo representativo de las innumerables composiciones escritas en alabanza de la traducción. Vale la pena citarlo porque en él se recapitula la situación toda del humanismo:

*It being the portion of a happy Pen,
Not to binvassald to one Monarchie,
But dwell with all the better world of men
Whose spirits are all of one communitie.
Whom neither Ocean, Desarts, Rocks nor Sands,
Can keepe from th' intertraffique of the minde,
But that it vents her treasure in all lands,
And doth a most secure commencement finde.
Wrap Excellencie up never so much,
In Hieroglyphicques, Ciphers, Characters,
And let her speake never so strange a speech
Her Genius yet finds apt decipherers...*

[Que la suerte de una pluma afortunada / está en no ser tributaria de ninguna monarquía / sino en vivir en compañía de todos los mejores hombres del mundo / cuyos espíritus forman todos una sociedad / a la que ni el océano, ni los desiertos, ni los escollos ni las arenas / pueden apartar del tráfico de la mente / pues da salida a sus tesoros en todas las latitudes / encontrando allí el más seguro de los comercios. / Nunca la

excelencia envuelvas demasiado / en jeroglíficos, cifras, caracteres / que no hablé nunca habla tan extraña. / Su genio, como sea, encuentra descifradores capaces....]

Cada vez que una literatura y una comunidad lingüística buscan enriquecerse con elementos venidos de fuera, cada vez que intentan establecer su perfil por medio de la comparación y el contraste, el poeta celebrará la parte desempeñada por el traductor en el "intertráfico de la mente". Como Goethe —quien consagró tanta energía a la asimilación alemana de las riquezas de la antigüedad clásica, de Oriente y de la Europa que le era contemporánea— escribía a Carlyle en julio de 1827: "Dígame lo que se quiera de las insuficiencias de la traducción, ésta seguirá siendo una de las empresas más importantes y dignas de interés en todo el mundo." Y Pushkin, hablando desde el fondo de la soledad rusa, describe al traductor como el correo del espíritu humano.

No obstante, una cosa es afirmar la excelencia moral y las virtudes culturales de la traducción y otra muy distinta refutar el cargo de imposibilidad teórica y práctica. Una vez más, los movimientos esenciales son poco numerosos y se conocen desde hace mucho.

No *todo* puede ser traducido. El caso extremo es el postulado por la teología y la gnosis. Hay misterios que sólo admiten la transcripción, misterios que sería sacrilego y completamente ilusorio transponer o parafrasear. Vale más salvaguardar lo incomprensible. "*Alioquin et multa alia quae ineffabilia sunt, et humanus animus capere non potest, hac licentia debebuntur*", dice San Jerónimo al traducir a Ezequiel. No todo puede ser traducido *ahora*. Ciertos contextos desaparecen y se disipan los haces de referencias que en el pasado permitirían interpretar un texto ahora opaco. Hemos perdido la *Rückentwicklung* requerida, como Nicolai Hartmann llama a la facultad de empatía retrospectiva. Y en un sentido, que es todavía más difícil de definir, existen textos que aún no podemos traducir, pero que sin duda serán traducidos en el porvenir gracias a las transformaciones lingüísticas, a los refinamientos de las técnicas de interpretación y a las variaciones de la sensibilidad. La lengua fuente y la lengua del traductor viven un doble movimiento, movimiento de cada una en relación consigo misma y en relación con el conjunto. No existe, en el tiempo, un eje inmutable desde el cual la comprensión pudiera ser considerada estable y definitiva. Al

parecer, Dilthey fue el primero en subrayar que toda comprensión de cada acto del entendimiento se encuentra inserta en la historia dentro de una perspectiva relativa. Es ésta la razón que explica el lugar común conforme el cual cada época (re)hace sus traducciones y según el cual la interpretación, con excepción del primer ejemplo fugitivo, es siempre reinterpretación, tanto del original como de la suma de comentarios que allí entran en juego. Walter Benjamin imprime un giro místico a la noción de una traducibilidad futura: se podría hablar de una vida "inolvidable" incluso si todos los hombres la hubieran olvidado y sólo subsistiera en "la memoria de Dios"; del mismo modo, existen obras que todavía no son traducibles por el hombre, pero que lo son en potencia, en el reino de una comprensión perfecta y en un punto olvidado donde confluyen las lenguas. La "intraducibilidad" de Aristóteles en la segunda mitad del siglo XIX no sólo era cuestión de mojigatería. Sus piezas parecían "ilegibles" en muchos niveles de la intención lingüística y del acontecimiento escénico. Menos de un siglo después, los diversos factores del gusto, el humor, el tono social y la exigencia formal que componen su superficie espejeante se podían ya enfocar. Pídase a un poeta inglés contemporáneo o, mejor aún, a uno de sus colegas alemanes, que traduzca —quiero decir que lea de una intensidad de reacción aceptable— el *Messias* de Klopstock, en su tiempo una de las grandes epopeyas europeas. El ángulo de incidencia ya se ha abierto demasiado. Las requisitorias en contra de la traducibilidad suelen ser, por ende, litigios nacidos de una miopía circunscrita y local.

Es lógico que la querrela en contra de la traducción sólo sea una forma débil contra el lenguaje. La tradición imputa la siguiente "demostración" al retórico Georgias de Leontini: la lengua no es lo que existe, lo perceptible; las palabras sólo se comunican a sí mismas y están desprovistas de sustancia.⁹ Aparte de este nominalismo radical, y probablemente, irónico, encontramos otro sistema de refutación. No hay dos hablantes que quieran decir lo mismo cuando usan los mismos términos; o, de hacerlo, no hay ningún modo concebible de demostrar la homología perfecta. Por eso no es posible una comunicación completa y verificable. Todo discurso es fundamentalmente monada o idiolecto. Esta paradoja ya estaba

⁹ Cf. K. Freeman, *Ancilla to the Pre-Socratic Philosophers*, Harvard University Press, 1957.

gastada antes de que Schleiermacher analizara la significación de la significación en su *Hermeneutik*.

Ninguna de estas dos "pruebas" ha sido formalmente refutada. Pero tampoco ninguna es de gran peso. Y son los lógicos mismos quienes así lo prueban. Serían incapaces de enunciar sus tesis si la lengua no tuviera una relación de contenido, por oblicua que fuese, con el mundo real. Y si la comunicación en algún nivel de la transformación expresiva no fuese posible, entonces ¿por qué intentarían sorprendernos o persuadirnos con sus paradojas? Al igual que muchas otras muestras de literalismo lógico, las refutaciones nominalista y monádica del lenguaje siguen confinadas a una región ajena a la de la actividad humana concreta. Es indiscutible que hablamos del mundo y entre nosotros. Traducimos en el interior de una lengua y de una lengua a otra, y así lo hemos hecho desde los albores de la historia humana. La defensa de la traducción tiene la inmensa ventaja del hecho abundante y vulgar. ¿Cómo podríamos estar embebididos en el asunto si la cosa no fuese factible por definición, preguntan San Jerónimo y Lutero con la impaciencia de los artesanos a quienes irrita el cascabeleo de la teoría? La traducción es "imposible", reconoce Ortega y Gasset en su *Miseria y esplendor de la traducción*. Pero también lo es toda concordancia absoluta entre el habla y el pensamiento. Sin que pueda explicarse cómo lo "imposible" es superado a cada momento de la experiencia humana. Su lógica subsiste, en el limbo de su propio rigor, pero no hay consecuencias empíricas: "No es una objeción contra el posible esplendor de la faena traductora". Si se niega la traducción, sostiene Gentile en su polémica contra Croce, es necesario ser congruente y negar el lenguaje. La traducción es, y será siempre, el modo de pensamiento y comprensión: "Giache tradurre, in verità, è la condizione d'ogni pensare e d'ogni apprendere."¹⁰ [Pues traducir es, a decir verdad, la condición de todo pensamiento y de todo aprendizaje.] Incluso quienes niegan la traducción son intérpretes.

El reproche de falta de perfección que en el fondo es expresado por Du Bellay, el Dr. Johnson y Nabokov, y tantos otros, es demasiado fácil. Ningún producto humano es perfecto. Ninguna copia, incluso de objetos que por lo común decimos idénticos, es un facsímil absoluto. Siempre persisten diferencias, íntimas, asimetrías minúsculas. Pero poner en

¹⁰ "Il diritto e il torto delle traduzioni" de Gentile, *Revista di Cultura*, I, 1920, p. 10.

duda la validez de la traducción porque no siempre es posible y nunca es perfecta resulta algo absurdo. Lo que es necesario poner en claro, dicen los traductores, es el grado de *fidelidad* que debe fijarse en cada caso, la tolerancia permitida según las diferentes obras y trabajos.

Una demarcación ya establecida recorre la historia de la práctica de la traducción. Casi no hay tratado sobre el tema que no distinga entre la traducción de documentos corrientes —personales, comerciales, eclesiásticos, efímeros por definición— y la recreación que es el traslado de un texto literario, filosófico, religioso a otro texto. La distinción aparece ya en las *Institutiones Oratoriae* de Quintiliano, y Schleiermacher la sistematiza cuando distingue *Dolmetschen* de *Uebersetzen* o *Uebersetzen* (en Lutero, *Dolmetschen* abarca todos los aspectos del oficio del traductor). El alemán ha conservado e institucionalizado esta diferencia. *Dolmetscher* es el "intérprete", es el intermediario que traduce los documentos comerciales, las preguntas de los viajeros, los conciliábulos diplomáticos y turísticos. El ha adquirido una formación en *Dolmetscherschulen*, disciplina cuyas exigencias lingüísticas pueden ser rigurosas, pero que no están directamente interesadas en lo que se conviene en llamar "alta" traducción. En francés existen tres designaciones: las que corresponden a *interprète*, *traducteur* y *truchement*. Las discriminaciones propuestas son relativamente claras, pero las fronteras entre tales categorías no coinciden de una lengua a otra. El *interprète* es el *Dolmetscher* o "intérprete" en su común sentido. Pero en un contexto diferente, la palabra se referirá a quien "interpreta", descifra y recrea un poema o un pasaje de un texto metafísico. La misma ambigüedad afecta a la palabra inglesa *interpreter* y a la italiana *interprete*: se trata del personaje que proporciona ayuda en el banco, en las oficinas administrativas o en las agencias de viajes, pero también se trata del exégeta y del ejecutante recreador. *Truchement* es una palabra complicada cuyas resonancias abarcan problemáticas y niveles distintos de traducción. Se deriva del árabe *tardjemán* (en catalán *tortsmán*) y originalmente designaba a quienes traducían entre moros y cristianos. Su empleo en *Les Provinciales* (XV) de Pascal tiene connotaciones desfavorables; el *truchement* es un intermediario, un correviedle, cuyos traslados no siempre son desinteresados. Pero el término también tiene una significación de sustitución, casi de metáfora: los ojos pueden ser los *truchements*,

cuando traducen, reemplazándolos, a los mudos llamados del corazón. De otra parte, *traducteur*, al igual que *translator* o *traduttore* evocan sin equívocos a Amyot trasladando a Plutarco o a Christopher Logue metafraseando la *Iliada*.

Es inevitable que las dos esferas se superpongan y traslapen. Estrictamente hablando, el más trivial acto de acarreo entre una lengua y otra llevado a cabo por un *Dolmetscher* implica toda la naturaleza y teoría de la traducción. El misterio de una transferencia preñada de significado ya se traduce a una orden de fiere o el *Paradiso* de Dante es en esencia la misma. Sin embargo, esta distinción es por demás evidente y fecunda en cuanto hipótesis de trabajo. Es en la esfera superior de las manifestaciones semánticas donde se manifiestan más y mejor los problemas teóricos y prácticos de la traducción, donde se relacionan más estrechamente con los fenómenos generales del lenguaje y la mente. Son las formas literarias de expresión en un sentido más amplio, las que más exigen y las que más prometen. He intentado mostrar que no se trata de un accidente ni de una elección estética. Poema y discurso filosóficos encarnan los aspectos herméticos y creadores que son el núcleo mismo del lenguaje. Y siempre que encare un texto serio y significativo, la traducción tocará ese núcleo.

En resumidas cuentas: la traducción es deseable y es posible. Sus métodos y criterios deben investigarse a la luz de textos valiosos y, a menudo, "difíciles". Estas son las verificaciones preliminares. Las teorías de la traducción o bien las adoptan y dan por supuestos o bien las ponen fuera de su camino con rudeza, sin preocuparse mayormente por los escollos lógicos. Pero ¿cuáles son, exactamente, las técnicas apropiadas, qué ideales deberían fijarse?

Cuando se dispone a analizar estructuras complejas, el pensamiento parece favorecer el razonamiento por triadas. Ello es verdad de los mitos de la edad de oro, de plata y de hierro, de la lógica hegeliana, de los esquemas que Comte atribuyó a la historia y de la física de las partículas elementales. La teoría de la traducción al menos desde el siglo XVII, divide casi invariabilmente el tema en tres categorías. La primera comprende la traducción estrictamente literal, el acoplamiento palabra por palabra de los diccionarios bilingües, de la cartilla para aprender el idioma extranjero o de la paráfrasis entrelineada. La segunda representa esa vasta zona intermedia de la "translación" con ayuda de un enunciado

fiel y sin embargo autónomo. Aquí el traductor reproduce de cerca el original, pero también compone un texto que resulta natural en su propia lengua y que se puede valer por sí mismo. La tercera categoría es la de la imitación, la recreación, la variación o la interpretación paralela. Cubre un terreno amplio y difuso, que abarca desde la transposición del original a un giro más accesible hasta el eco más libre de la alusión o el matiz paródico. De acuerdo con el punto de vista moderno, la categoría de la *imitatio* se aplica lícitamente a los lazos que ligan a Pound con Propertio e incluso a Joyce con Homero. Fuerza es que las líneas divisorias entre estas tres clases sean flexibles. Se pasa insensiblemente de una traducción literal a la reproducción escrupulosa pero ya independiente; por su parte ésta, a medida que se emancipa, propende a convertirse en una más libre imitación. Por aproximado que sea, este triple modelo se ha comprobado ampliamente útil y, al parecer, coincide con las grandes líneas de la teoría y de la técnica.

La terminología de Dryden ya estaba en el aire antes de que él la adoptara en su exposición. Era familiar a la retórica y se remontan por lo menos a aquella distinción que hace Quintiliano entre "traducción" y "paráfrasis". Pero el análisis de Dryden continúa marcando un hito. Hizo algo más que reafirmar el literalismo ciego, o como consigna el Dr. Johnson en su *Vida de Dryden*, no se limitó a "romper las cadenas de la interpretación literal". Propuso ideales y líneas de discusión que todavía son los nuestros.¹¹

El prefacio de 1680 a *Ovid's Epistles, Translated by Several Hands* muestra el genio de Dryden en su mejor forma, lo cual ya es un reto. Todo el pensamiento literario de Dryden aspira al reino medio del buen sentido: a medio camino de la dramaturgia de Aristóteles y de la de Shakespeare, de los modelos franceses que le eran contemporáneos y de la tradición nativa. Por lo que a la traducción toca, Dryden se empeñó en buscar un término medio entre el literalismo palabra por palabra que exigían los teólogos y gramáticos más puristas y las excentricidades desbocadas de las *Pindáricque Odes* publicadas por Cowley en 1656. La sensibilidad de Dryden, como teórico y como traductor, lo persuadía de que ninguna de las dos alternativas podía desembocar en una solución correcta. Al igual que el poeta clásico, el traductor moder-

¹¹ *Dryden and the Art of Translation* de W. Frost, Yale University Press, 1955, ofrece un análisis permanentizado.

no debe ubicarse en el centro, en un lugar despejado y urbano.

Para Dryden la *metaphrase* quiere decir hacer pasar a un autor palabra por palabra, línea por línea, de una lengua a otra. El ejemplo contrario lo proporciona la traducción que hizo Ben Jonson del *Arte poética* de Horacio, publicada en 1640. En realidad Ben Jonson, el hombre y el intérprete de Horacio, ocupa un lugar aparte en la crítica de Dryden. Los resultados que alcanzó, así como el buen sentido, muestran que el literalismo es una causa perdida. Nadie puede traducir bien y, al mismo tiempo, traducir palabra por palabra. La comparación de Dryden aún no ha perdido su encanto: *'Tis much like dancing on ropes with fettered legs: a man may shun a fall by using caution; but the gracefulness of motion is not to be expected: and when we have said the best of it, 'tis but a foolish task; for no sober man would put himself into danger for the applause of escaping without breaking his neck.* [Es como si se bailara sobre cuerdas con los pies amarrados; un hombre puede evitar la caída multiplicando las precauciones, pero nadie espere la gracia del movimiento, y cuando hemos dicho esto no hemos dicho lo mejor: se trata de una tonta faena; pues ningún hombre cuerdo se pondría a sí mismo en peligro por la sola gloria de salir del paso sin romperse el cuello.]

En el extremo opuesto encontramos la *imitación* "donde el traductor (si todavía es digno de ese nombre) da por sentado no sólo la libertad de apartarse de las palabras y el sentido, sino también la de renunciar a ambos cuando a su juicio la ocasión así lo pide". El ejemplo que esta vez debería invitarnos a la prudencia lo representan las extravagantes transformaciones que Cowley hizo sufrir a Píndaro y Horacio. Cowley se justifica en la presentación de su Píndaro alegando que un hombre sería considerado loco si tradujera literalmente a este autor y que el abismo que separa al griego del inglés volvería imposible cualquier intento de representación fiel y al mismo tiempo airosa.

Sin duda alguna, los pedantes no dejarán de protestar, "pero no me preocupa en absoluto que los gramáticos no toleren que se llame traducción a este modo libertino de trasladar a los Autores extranjeros, pues no me encuentro tan enamorado de la palabra Traductor como para no desear Ser Algo Mejor, aunque ese algo aún carezca de Nombre". La esperanza de Cowley es profética y representa un anuncio de

las ambiciones del siglo XX, aunque para Dryden eso no significue nada. El "imitador" no vale más, y suele valer menos, que el compositor que se apropia del tema ajeno y elabora sus propias variaciones. Estas bien pueden ser deslumbrantes y realzar el virtuosismo del traductor, pero éste es "el mayor mal que puede hacerse a la memoria y la reputación de los muertos".

El empleo dado por Dryden a la *imitación*, y que Pound y Lowell adoptarán confirmando un sesgo positivo, resulta asombroso. La historia de esta palabra es larga, compleja y, a menudo accidentada.¹² Sus connotaciones negativas se remontan a la teoría platónica de la *mimesis* que, en el caso de las artes figurativas, presenta un distanciamiento elevado a la segunda potencia en relación con la realidad y con la verdad de las Ideas. La palabra cobra un valor positivo cuando Aristóteles se refiere a la universalidad y al valor didáctico de los instintos miméticos; también tiene esa connotación favorable en la poética latina, donde ayuda a expresar las relaciones de dependencia, pero también de reinvencción, que vinculan las letras romanas con sus antecesores griegos. Parece que el uso dado por Dryden a la palabra tiene por blanco a Jonson y a lo que Dryden consideraba su particular lectura de Horacio. Jonson discute la *imitatio* en *Timbers*, miscelánea de observaciones críticas publicada en 1641. La "imitación" es una de las cuatro virtudes necesarias a un verdadero poeta. Es la facultad "de adaptar la sustancia o las riquezas de otro poeta al uso propio... No imitar servilmente, como dijo Horacio, no ir a buscar virtudes donde solamente hay vicios, sino, como la abeja, extraer a las mejores y más selectas flores su néctar y convertirlo todo en miel; refinándolo hasta darle sabor y gusto únicos; hacer deleitable nuestra imitación". Para Ben Jonson, la absorción creadora es el camino de las letras por excelencia de Homero a Virgilio y Estacio, de Arquíloco a Horacio y a él mismo. Es Dryden,

¹² W. J. Verdenius, *Mimesis; Plato's Doctrine of Artistic Imitation and its Meaning to Us*, Leyden, 1949; Arno Reif, *Interpretatio, imitatio, aemulatio*, Bonn, 1959; Göran Sörbom, *Mimesis and Art*, Uppsala, 1966. Una discusión de los usos horacianos de la *imitatio* puede encontrarse al final del volumen II de la edición de C. O. Brink de *Horace on Poetry; the Arts Poetica*, Cambridge University Press, 1971. Las relaciones de Ben Jonson con la estética clásica se discuten en Felix E. Schelling, *Ben Jonson and the Classical School*, Baltimore, 1898 y en Hugo Reinsch, *Ben Jonsons Poetik und seine Beziehung zu Horaz*, Erlangen, Leipzig, 1899.

tan felizmente capturado como está en los engranajes de la apropiación, quien imprime a la palabra un giro negativo.

El verdadero camino del traductor no pasa ni por la *metafrasis* ni por la *imitación*. La verdadera ruta es la de la *paráfrasis* "o traducción liberal, donde el traductor no pierde nunca de vista al autor, con objeto de no perderse y donde se atiene con menos rigor a las palabras que al sentido". Éste es el método, recuerda Dryden, que siguieron Edmund Waller y Sidney Godolphin en su traducción del libro IV de la *Eneida* (1658), lo que es más importante, se trata del procedimiento que Dryden mismo siguió en sus numerosas traducciones de Virgilio, Horacio, Ovidio, Juvenal, Chaucer, y que él mismo se encargó de exponer en su obra crítica, en especial en el Prefacio a *Sylvae* (1685). Gracias a la *paráfrasis*, "el espíritu de un autor puede ser trasvasado sin perderse". La buena traducción es "una suerte de dibujo inspirado en la naturaleza". Ideal, perfecta, la traducción no hará sombra a la autenticidad del original, pero mostrará ese original tal y como hubiese sido de haberse escrito en la lengua del traductor. En el prefacio a sus traducciones de Virgilio, publicado en 1697, Dryden recapitula la teoría de toda una vida de pensamiento y práctica:

Siempre creí apropiado mantenerme a igual distancia de los dos extremos que son la paráfrasis y la traducción literal, procurando mantenerme tan cerca de mi autor como fuese posible, pero sin perder sus gracias, entre las que destaca la belleza de las palabras. Y esas palabras, debo añadir, son siempre imitadas. He acometido la tarea de injertar en nuestra lengua las palabras capaces de conservar su elegancia. Pero la gran mayoría de ellas se perderá necesariamente, ya que se niegan a brillar en otra lengua que no sea la suya. En ocasiones, Virgilio tiene dos de ellas en una sola línea, pero la estrechez de nuestro verso heroico no tolera más de una. Tal es la diferencia entre las lenguas, o tal es mi falta de habilidad en la elección de las palabras. Con todo, me correspondía decir... que, al tomar todos los materiales de este autor divino, me he empeñado en hacer hablar a Virgilio un inglés que hubiera sido el suyo de haber vivido en esta época.

Dryden deja de lado el incómodo y anfíbio término de *imitación*. Pero la intención sigue siendo la misma. "En Inglaterra y en esta época", éstos son los límites y el ideal del

arte y el oficio del traductor. Puede observarlos y cumplirlos, a condición de mantenerse en un camino intermedio.

Goethe se interesó toda su vida en la traducción. Sus traducciones de la autobiografía de Cellini, de Calderón, del *Neveu de Rameau* de Diderot se cuentan entre las influentes en la historia de la literatura europea.¹³ Goethe tradujo del latín y del griego, del español, del italiano, del inglés, del francés y del alto alemán, del persa y de las lenguas eslavas meridionales. A lo largo de toda su obra, menudean las observaciones sobre la filosofía y la técnica de la traducción, y muchos de sus poemas no son otra cosa que comentarios o metáforas centrados en el tema de la traducción. Profundamente convencido como estaba de la continuidad de la gama de formas de vida, de la presencia de una trama compleja y ramificada, armónica aunque a veces oculta en el seno de la realidad morfológica, Goethe vio en el traslado de la significación y de la música de una lengua a otra una característica de la universalidad. Su exposición teórica más conocida se halla en el extenso epílogo en prosa del *Diván occidental-oriental* (1819). Ha sido citado y vuelto a citar, pero creo que se trata de un tratamiento mucho más arduo y más personal de lo que por lo general se piensa.

El esquema de Goethe posee, como el de Dryden, tres etapas: Pero aquí las divisiones son a la vez cronológicas y formales. Goethe sostiene que toda literatura debe pasar por estas tres fases de la traducción. En la medida en que estas fases se manifiestan de manera reiterada, se les puede encontrar simultáneamente en una misma literatura aunque relacionadas con diversas lenguas y géneros distintos.

El primer orden de traducción nos familiariza con las culturas extranjeras, y lo hace en virtud de una transferencia "a nuestro propio sentido". Su vehículo más favorable es la traducción llana en prosa. Transmitido de este modo, el material extranjero penetra por así decir, imperceptiblemente en

¹³ Las traducciones y relaciones individuales de Goethe con las diversas lenguas son objeto de una considerable literatura monográfica, que ocupa las referencias situadas entre el número 10084 y el 10110 en la Sección XIII, Fascículo 8 de la *Goethe-Bibliographie*, editada por Hans Pyritz et al., Heidelberg, 1963, pp. 781-783. El bien conocido libro de Fritz Strich, *Goethe und die Weltliteratur*, Berna, 1946, trata el tema general de las relaciones de Goethe con otras lenguas. Pero, hasta donde yo sé, todavía no existe un estudio exhaustivo de las traducciones de Goethe y de su influencia sobre sus propios escritos, así como sobre su filosofía de la forma.

la vida doméstica nacional (*rationelle Häuslichkeit*). Apenas seremos conscientes de las corrientes afectivas nuevas y exaltantes que allí nos rondan. El segundo modo consiste en apropiarse por medio de un sustituto. El traductor se impregna del sentido de la obra extranjera, pero lo hace con objeto de remplazarlo por un aparato nacido de su propia lengua y cultura. Se le impone un atuendo nacional a la forma extranjera. Pero el instinto de metamorfosis y de entelequia que domina todas las formas vivas lleva inevitablemente a una tercera categoría de la traducción. Este último modo, el más alto y acabado, se propone la identidad perfecta entre el texto original y el de la traducción. Esta identificación significa que el texto nuevo no existe "a cambio del otro sino en su lugar" (*so das eins nicht anstatt des andern, sondern an der Stelle des andern gelten sollte*). El tercer modo exige que el traductor abandone el genio específico de su propia nación para producir un *tertium datum*. Ello explica que este género de traducción encuentre las más vivas resistencias por parte del público. Y sin embargo, es el más noble. Su penetración, su intuición de la obra extranjera tienden en resuminadas cuentas hacia una especie de fidelidad o "interlinealidad" absoluta. Bajo esta luz, la categoría más elevada coincide con la más rudimentaria. Así se cierra armoniosamente el ciclo según el cual se opera la transición "de lo extranjero a lo nativo, de lo conocido a lo desconocido".

Por breve que sea, o quizá en virtud misma de su concisión, el modelo de Goethe es complejo y no resulta del todo claro. Si no se examinan las cosas con atención, el primer tipo de traducción parece mediación directa. Es ésta, en términos generales, la ambición del *Dolmetscher* ordinario cuyo fin esencial es informar. Sin embargo, el ejemplo que cita Goethe en su apoyo es el de la Biblia de Lutero. ¿Quiere decir, en realidad, que la lectura intensamente vigilante de Lutero, y que suele caracterizarse por una violencia perfectamente controlada, es una muestra de ese estilo modesto y que inyecta imperceptiblemente al alemán una ciencia y un espíritu extranjero? La segunda manera, afirma Goethe, es *paródica* en el pleno sentido etimológico del término. Los franceses son los maestros de esta técnica confisicatoria, vistas las innumerables "traducciones" del abate Delille. Goethe da a su observación un sesgo a todas luces peyorativo, y las imitaciones de Delille son por lo general mediocres. Con todo, el proceso descrito por Goethe —la transformación del original que pasa

a la lengua familiar y al sistema de referencia del traductor — es sin lugar a dudas uno de los fundamentos y, de hecho, uno de los ideales del arte del traductor. Además de Delille, Goethe pone como ejemplo a Wieland. Ahora sabemos por otros pasajes de los escritos y de las conversaciones de Goethe, tales como *Zum brüderlichem Andenken Wielands*, cuánta importancia daba Goethe a las realizaciones del autor de *Oberon*. Reconocía que sus imitaciones de Cervantes y de Richardson, sus traducciones de Cicerón, Horacio y Shakespeare contribuyeron ampliamente a la emancipación de la literatura alemana. La crítica de Goethe es a la vez moral y estética. Sin lugar a dudas, el "parodista" enriquece su propia cultura y modela más que ningún otro el espíritu de la época. Pero sólo hace suyo lo que concuerda con su propia intuición y con el medio de la época. No impone a la conciencia nuevas fuentes de experiencia, quizá rebeldes. Como tampoco garantiza el genio autónomo del original, sus poderes de "extrañeza".

Eso está reservado a la tercera clase de traductores. Goethe se apoya aquí en Johann Heinrich Voss cuyas versiones de la *Odisea* (1781) y de la *Ilíada* (1793) estimaba como joyas de la traducción europea y como instrumentos creadores del helenismo alemán. Shakespeare, Tasso, Calderón y Ariosto llegaron a la conciencia alemana por este tercer camino que supieron convertir a estos "extranjeros germanizados" (*eingedeutschte Fremde*) en agentes esenciales del despertar lingüístico y literario de Alemania. Este enfoque "metafórico" o tercero es el proseguido por Goethe mismo en el *Diván occidental-oriental*. Y los ejemplos que cita o aduce —Voss, Schlegel, Tieck, él mismo— son bastante elocuentes. Sin embargo, resulta difícil colegir con precisión lo que está describiendo. Todo descansa en la distinción entre "a cambio de" y "en lugar de". En el primer caso, que es el de la parodia, el original sale disminuido y la traducción se arroga un ascendente ficticio. En el segundo caso, ocurre una simbiosis, una fusión que de algún modo mantiene el carácter lírico, la unicidad del original mientras engendra un sistema nuevo y más rico. Goethe y el cantante persa Hafiz unen sus respectivas voces en el curso de un encuentro metamórfico. La cita, que es también una fusión, tiene lugar "fuera" del alemán y del persa o, al menos, "fuera" del alemán tal y como era *hasta* el momento de la traducción. No obstante, las dos lenguas se enriquecen con el nacimiento de un nuevo híbrido o, más precisamente, de una nueva entidad.

Una paráfrasis como ésta no es satisfactoria y deja un amplio terreno abierto a la conjetura. Ciertos aspectos del comentario de Goethe recuerdan sus aforismos. Todo lo que se puede decir es que este esquema triple del avance de la traducción, el del círculo que en última instancia gobierna el proceso en su conjunto (el sentido dado por Benjamin a "in-fertilineal" se deriva claramente de Goethe), se encuentra profundamente arraigado en las creencias filosóficas fundamentales de Goethe. La traducción es un caso ejemplar de metamorfosis. En ella se observa ese despliegue orgánico que tiende a la perfección, la armonía de la esfera o el círculo que Goethe celebra, así en el reino del espíritu como en el de la naturaleza. En el ejemplo perfecto de traducción, al igual que en la genética de la evolución, encontramos aquella paradoja de fusión y de forma nueva que no implica abolición de los elementos componentes. Como Benjamin después de él, Goethe entendió que la vida del original resulta inseparable de los riesgos de la traducción; el ser que no está sometido a ninguna transformación sólo puede morir. La estancia final de *Eins und Alles* Uno y Todo escrita en 1820, es una de las exposiciones fundamentales de por qué necesitamos de la traducción:

Es soll sich regen, schaffend handeln,
 Erst sich gestalten, dann verwandeln;
 Nur Scheinbar stehs Momente still,
 Das Ewige regt sich fort in allen:
 Denn alles muss in Nichts Zerfallen,
 Wenn es im Sein beharren will.

[Todo en laboreo constante, en incesante creación / ha de estar; lo ya formado cambia de aspecto y color; tan sólo por un momento / inerte nos pareció, / lo eterno en todo se mueve / laborando sin cesar; / que caer en la nada debe / siempre el todo a su pesar, / si es que en su propia existencia / aspira a perseverar.]
 J. W. Goethe: *Obras completas*. Madrid, Trad. de Rafael Canisinos Assens.

Entre muchos otros sistemas triádicos el de Roman Jakobson merece ser comentado.¹⁴ Su modelo es más amplio que los esquemas de Dryden y de Goethe por lo que se refiere a sus objetivos y puntos de vista. Pero el antiguo arnazon

¹⁴ "On Linguistic Aspects of Translation", de Roman Jakobson en *On Translation*, Reuben A. Brower (comp.).

teórico subsiste en parte bajo la moderna universalidad "semiótica".

Apyándose en la teoría de los signos y de la significación propuesta por Peirce, Jakobson plantea que "para el lingüista como para el usuario de las palabras la significación de todo signo lingüístico es su traducción a otro signo menos accesible y "en el cual se desarrolla más a fondo" (la expresión sigue aproximadamente a Peirce). La traducción, en consecuencia, es la condición eterna e ineludible de la significación. La traducción de los signos verbales se divide en tres categorías. Se *reformula* cuando se traduce una palabra con ayuda de otros signos verbales provenientes de la misma lengua. Toda definición, toda explicación es traducción, según muestra el modelo de Peirce. La *traducción propiamente dicha* o traducción de una lengua a otra es la interpretación de unos signos verbales por medio de otros signos provenientes de alguna otra lengua. En tercer lugar, añade Jakobson, tenemos la *transmutación*: en el curso de este fenómeno verbal "inter-semiótico" los signos verbales son interpretados por medio de sistemas de signos no-verbales (pictóricos, gestuales, matemáticos, musicales). Las dos primeras categorías coinciden en puntos esenciales. En el interior de una misma lengua los sinónimos son rara vez equivalentes perfectos. La reformulación produce de modo inevitable "algo más o menos"; la definición por medio de la reescritura, es aproximación y reflejo. Por eso ya el más sencillo acto de paráfrasis es evaluación. "Del mismo modo, en el nivel de la traducción de una lengua a otra, es raro que exista una equivalencia completa entre las unidades del código." La diferencia reside en que mientras la "reformulación" procura sustituir una unidad del código por otra, la "traducción propiamente dicha" sustituye unidades más amplias que Jakobson llama *mensajes*. La traducción es "un discurso indirecto; el traductor recodifica y transmite un mensaje proveniente de otra fuente. Dicho de otro modo, la traducción implica dos mensajes equivalentes en dos códigos diferentes." Al emplear el término neutral que es "implícita", Jakobson deja de lado el dilema hermenéutico fundamental, que consiste en preguntarse si es congruente hablar de mensajes *equivalentes* cuando los códigos son distintos. De otra parte, la categoría de *transmutación* aclara una cuestión que traje a cuenta desde el principio de esta obra. Por el hecho de ser interpretación, la traducción supera con mucho el terreno verbal. En cuanto modelo de la com-

preensión y de todo el potencial expresivo, el análisis de la traducción deberá incluir formas intersemióticas tales como el establecimiento de gráficas, los avances y discusiones a través de las figuras de la danza, la musicalización de un texto o incluso la articulación de las pasiones y de las significaciones por medio de la música sola. Examinaré algunos ejemplos de ese paso intermedio en mi último capítulo.

Jakobson concluye afirmando que la poesía, dominio privilegiado de la paronomasia, esa relación entre lo fonémico y lo semántico que anima los juegos de palabras, es por definición intraducible. Sólo es posible la "transposición creadora" de una forma poética a otra, dentro de una misma lengua, de una lengua a otra, o aun entre medios de comunicación y códigos expresivos totalmente distintos. Y si la poesía es, como siempre, el caso extremo, toda traducción de un signo lingüístico es, en un nivel u otro, "transposición creadora". Las dos realidades fundamentales del lenguaje, según he tratado de definir las, entran en juego en esta fase; quiero decir, la creación y la disimulación. "Transponer creativamente quiere decir invertir el aspecto y las relaciones de las cosas. Se puede sostener que todas las teorías de la traducción, ya sean formales, pragmáticas o cronológicas, no son más que variantes de una cuestión única e ineludible. ¿Cómo se puede o se debe llegar a la fidelidad? ¿Cuál es la relación óptima entre el texto A en la lengua-fuente y el texto B en la lengua-receptora? Hace dos mil años que esto se discute. Pero ¿es posible añadir valor a la frase de San Jerónimo: *verbum e verbo* en el caso de los misterios, pero significado por significado, *sed sensum exprimere de sensu*, en todas las demás ocasiones?

Cualquiera que sea el tratado sobre el arte de la traducción que consultemos, reaparece la misma dicotomía: la que existe entre la "letra" y el "espíritu", entre la "palabra" y el "significado". Si bien el traslado de los textos sagrados plantea un problema que es a un tiempo específico y central para la teoría de la traducción, en realidad ha habido muy pocos literaristas absolutos. Cuando traducía del latín a mediados del siglo xv, Nicholas von Wyle exigía una concordancia total, una yuxtaposición de las palabras tomadas una a una: *ain yedes wort gegen ain andern wort* [cada palabra contra cada otra palabra]. Hasta los errores deben ser transcritos y traducidos, ya que forman parte integral del original.¹⁶ De otra parte,

¹⁶ Debo esta referencia a Rolf Klopfer, *Die Theorie der literarischen*

pocos han llevado tan lejos la teoría de la irrestricta libertad mimética como Ezra Pound cuando define los poemas de *Personae* como "una larga serie de traducciones, que sólo eran máscaras más elaboradas."¹⁸

La mayoría de las veces se nos presenta un razonamiento en pro del compromiso y nacido de él. El ideal y la estrategia del término medio entre la letra y el espíritu se elaboran en los siglos xvi y xvii tanto en la *Manière de bien traduire d'une langue en aitre* (1540) de Étienne Dolet como en *De interpretatione* de Pierre-Daniel Huet en su versión corregida y aumentada de 1680. No por azar los franceses están a la cabeza en lo que concierne a la teoría de la traducción durante esta época: esa preeminencia reflejaba el predominio político y lingüístico de la cultura francesa después del desmembramiento del mundo latino en Europa, desmembramiento que, por supuesto, daría lugar a la búsqueda de una disciplina común de la traducción. Los cinco mandamientos del traductor que enuncia Dolet bien podrían remontarse a los gramáticos y retóricos italianos de principios del siglo xvi y, concretamente, hasta Leonardo Bruni. Tienen el mérito de la obviedad. El presunto intérprete debe poseer un perfecto dominio del "sentido y el espíritu" de su autor. Debe ser dueño de un conocimiento profundo tanto de la lengua del original como de la suya propia. Debe ser fiel, según manda Horacio, al sentido de la oración, y no al orden de las palabras. Es pura superstitión, dice Dolet, "(*diray ie besterie ou ignorance?*) comenzar su traducción por el principio de la cláusula". En cuarto término, nuestro traductor deberá procurar una versión en la lengua más llana. Evitará importar neologismos, términos raros y esas flores exóticas de la sintaxis tan populares entre los latinistas y eruditos del siglo xvi. La regla final vale para toda escritura de calidad: el traductor debe lograr cadencias armoniosas (*nombres oratoires*), debe escribir en un estilo suave y llano que cautive tanto el oído como el intelecto del lector.¹⁷

Dolet murió trágicamente antes de haber podido exponer estas evidencias con mayor detalle. Una obra mucho menos conocida, pero no menos interesante, impresa en Basilea en

Uebersetzung. Romantisch-deutscher Sprachbereich, Munich, 1967. A su vez, Klopfer se refiere a la disertación de Bruno Strauss sobre "Der Uebersetzer, Nicholas von Wyle", Berlin, 1911.

¹⁸ Ezra Pound, *Gaudier-Brzeska: A Memoir*, Londres, 1916, p. 98.

¹⁷ Cf. Marc Chassagné, *Etienne Dolet*, Paris, 1930, pp. 230-233, 272.

1559, nos proporciona un cuadro completo del enfoque clásico, moderado, que por lo común recomendaban los humanistas en relación con la traducción. Se trata de *Interpretatio linguarum: seu de ratione convertendi & explicandi auctores iam sacros quam profanos, y se debe a Lawrence Humphrey* (o Humphrey), teólogo puritano tan irascible como instruido que andando el tiempo llegaría a ser director del Magdalen College en Oxford. La *Interpretatio* tiene más de 600 páginas y es una de las pocas recapitulaciones en la historia de la traducción. Buena parte del libro cae en lugares rutinarios. Pero también contiene toques de originalidad, y no deja de ser notable el vigor con que recurre a los ejemplos prácticos. Al igual que todos los que lo precedieron, Humphrey distingue tres modos de la traducción: el literalismo, que condensa como *puerilis & superstitiosa*, la adaptación libre y licenciada y la justa *via media*. La definición que Humphrey da de esta *via intermedia* merece ser citada pues eleva al rango de método las trivialidades de la conciliación: *via media dicimus... quae utriusque particeps est, simpliciter sed erudita, elegantiae sed fidelis: quae nec ita exaggerata est ut modum transcat, nec ita depressa ut sit sordida, sed frugalis, aequabilis, temperata, nec sordes amans, nec luxuriam, sed mundam apparatus.*

Humphrey condensa en su idea de "apropiado" ese equilibrio entre la sencillez y la ciencia, entre la elegancia y la fidelidad, esa docilidad absoluta a la elevación urbana, tan reñida con el énfasis como con la grosería. El verdadero traductor buscará "la plenitud, la pureza y la precisión", pero por encima de todo atenderá a lo que es *apropiado*. Este ideal de aptitud determinará su elección de un texto acorde con su sensibilidad. Llevado por el mismo ideal, elegirá un estilo no menos apropiado. Y es esto lo que le hará presentar cuáles lenguas pueden entrar o no en contacto fecundo. Aquí Humphrey da pruebas de originalidad. Divide los lenguajes en mayores y "triviales", según la historia, la filosofía y las letras que materializan y expresan. La traducción sólo tiene sentido entre idiomas mayores. Por eso Humphrey recurre en su análisis a textos paralelos tomados del hebreo, el griego y el latín. Pero pueden darse deficiencias en cuanto al grado de "aptitud" hasta entre lenguas mayores: así, sostiene, Cicerón suele ser impreciso y oscuro cuando traslada los términos filosóficos griegos. Sin embargo, siempre que desempeña su tarea como debe, el traductor es un hombre del

más alto valor, es el que reconoce en el más pleno sentido hermenéutico de la palabra: *si linguarum utilis sit cognitio, interpretari utilissimum* [si el conocimiento de las lenguas es útil, la traducción es utilísima].

Huet conocía la *Interpretatio Linguarum*. Cita a Humphrey junto con Moro, Linares y Cheke, como uno de los pocos ingleses que han enriquecido la cuestión de la traducción. Su principio de la concordancia estilística no está lejos del ideal de Humphrey: "*Traduisez Aristote en périodes cicéroniennes, vous faites une caricature; si vous imitez l'oiseau intrus qui ne se bannant pas a déposer ses oeufs dans le nid d'autrui, renversez à terre la couvée légitime, vous ne traduisez plus, vous habitez hecho una caricatura; pero si imitáis al ave intrusa, que no limitándose a poner sus huevos en el nido ajeno, arrojáis por tierra la nidada legítima, habréis dejado de traducir, estaréis interpolando.*"] Al igual que Humphrey, Huet enfoca la teoría de la traducción desde el punto de vista de la necesidad práctica: la traducción del griego al latín de un comentario inédito de San Mateo debido a Orígenes, que descubrió en la Biblioteca Real de Estocolmo en el curso de un movido e interminable viaje. Su doctrina de la *via media* entre el literalismo y la licencia no añade nada nuevo en lo fundamental a las de sus predecesores. El traductor imparcial "*nativum postremo Auctoris characterum, quoad eius fieri potest, adumbrat; idque unum studet, ut nulla eum detractioe immittunt, nullo additamento auctum, sed integrum, sicutque omne ex parte simillimum perquam fideliter exhibeat*" ["copia la esencia innata de su autor en la medida en que eso es posible. Su único objeto de estudio consiste en exponer con fidelidad a todo su autor, sin añadir ni omitir nada"]. Pero el tratado de Huet presentado en forma de conversación imaginaria con tres humanistas eminentes, entre quienes se cuenta Isaac Casaubon, traductor de Polibio y gran erudito de su tiempo, es mucho más refinado que el de Humphrey. Huet era, como consigna A. E. Housman en su prefacio a Manilius, "un crítico de minucia, sobriedad y malicia poco habituales". Huet tiene un ojo agudo para detectar cuándo la traducción ha sido hecha para realzar al traductor; y no encuentra palabras bastante duras para referirse a aquellos traductores que dan libre curso a su propio ingenio a expensas del texto original. Intuye además, bien que de modo rudimentario, los problemas filosóficos que son inseparables de la traducción: *De Inter-*

pretatione toma la *palabra* en su más pleno sentido cognoscitivo. Y si bien sus pretensiones de que posee un dominio satisfactorio del hebreo, el griego, el latín, el copto, el armenio, el sirio y todas las principales lenguas europeas son probablemente exageradas, es innegable que Huet era políglota y que respondía con la mayor sensibilidad a la específica individualidad de las diversas lenguas. Más aún, al menos en un aspecto, el futuro obispo de Avranches es responsable de una obra innovadora. Consagra una parte de su estudio a la traducción científica. Ve en ella una de las empresas más nobles e importantes de la civilización, una tarea que ha sido relegada al olvido, de manera absurda. Hay excepciones, admite Huet, entre otras, la obra de Jean Pena, distinguido matemático y traductor de Euclides y de las monografías de Teodosio de Trípoli sobre las esferas. Los textos científicos imponen al traductor exigencias peculiares. "*Ces choses s'enseignent et ne s'ornent point*". ["Esas cosas se enseñan y no se adornan en lo absoluto."] Quizá el traductor llegue a toparse con locuciones técnicas que desafían cualquier interpretación indiscutible y única. En tales casos, aconseja Huet, es mejor conservar tal cual es la expresión original y sugerir al margen varias lecturas y explicaciones posibles. En más de una ocasión, el análisis de Huet coincide con las orientaciones que Joseph Nedham propondría tres siglos después a la traducción de la terminología científica y matemática china.¹⁸

El vocabulario, el marco metodológico gracias a los cuales Herder, Schleiermacher y Humboldt estudian la teoría de la traducción son manifestamente nuevos. El problema de la traducibilidad está en este punto abierta y totalmente integrado a la epistemología. Los instrumentos filológicos que tienen a la mano los estudiosos de la lingüística comparada son mucho más perfeccionados que los que se conocían en el siglo XVII. Ahora, la alemana es la corriente dominante. Como tan a menudo repiten los poetas y eruditos alemanes, "la traducción es el destino íntimo" (*innerstes Schicksal*) de la propia lengua alemana.¹⁹ La evolución del alemán moderno es

¹⁸ Si bien poco profesional y algo confuso, el libro de Léon Tolmer, *Pierre-Daniel Huet (1630-1721)*: *Humaniste-Physicien*, Bayeux, 1949, es la única obra completa con que se cuenta sobre esta cuestión. Cf. en particular el capítulo V.

¹⁹ Para una discusión más extensa de este tema, cf. las Actas del Coloquio sobre la Traducción de la Academia Bavara de Bellas Artes, celebrado durante el verano de 1962 y que fue publicado como *Die Kunst der Uebersetzung*, Munich, 1963.

inseparable de la Biblia de Lutero, del Homero de Voss, de las versiones sucesivas que de Shakespeare hicieron Wieland, Schlegel y Tieck. Ello explica que la teoría de la traducción se invista de una autoridad y una consistencia filosóficas desconocidas hasta entonces.

Pero bajo la finura de una nueva terminología y de esa agudeza psicológica, se conservan las oposiciones clásicas. Lo único nuevo es que la dicotomía entre "letra" y "espíritu" ha sido traspuesta a la imagen de la distancia conveniente que una traducción debe establecer entre su propia lengua y la del original. ¿Debe una buena traducción inclinar su propio lenguaje hacia el del original, creando así un aura deliberadamente inquietante, un anillo de sombra? ¿O, más bien, debe asimilar los rasgos específicos de la lengua importada hasta hacerla sentir natural dentro del universo lingüístico del traductor y sus lectores? Herder deslinda las dos posibilidades mediante un hábil juego de palabras, las traducciones tienden o bien a la "*Uebersetzung*", van encaminadas a una fusión con el original tan íntima como sea posible, o bien a la "*Uebersetzung*", obras donde el énfasis cae en la recreación (*setzen*) en la lengua a la que se traduce. Schleiermacher adopta la misma demarcación cuando distingue entre *Dolmetschen* y *Uebersetzen*. Su originalidad, como la de Hölderlin, reside en la distancia que estaba dispuesto a recorrer para recaptar los elementos estructurales y tonales del texto extranjero. Según Schleiermacher, la traducción en profundidad requiere que la propia lengua sea modelada en función del paisaje léxico y sintáctico del original. De ahí el "alemán-griego" de su versión de Platón y del Sófocles de Hölderlin. En la práctica, contra lo que diga la teoría, esas traducciones se orientan hacia una interlingua para uso de traductores, un idioma de paso o híbrido, como el que pidió J. J. Hottinger en su curioso tratado de 1782, *Einiges Ueber die neuen Uebersetzungsfabriken*.

En cualquier caso, sigue vigente el viejo y obvio dualismo. Las comparaciones empleadas por Florio, Dolet, Humphrey y Huet todavía tienen curso el día de hoy. La relación del traductor y del autor debería ser la del retratista con su modelo. Una buena traducción es un atuendo nuevo que nos devuelve la forma primitiva familiar sin impedir para nada su natural movimiento expresivo. Sólo así, afirma Florio, su prefacio a Montaigne, "el sentido conservará la forma". Este salvaguardar una estructura interna por encima de las modi-

ficciones exteriores, es, a decir verdad, semejante a "la mefempsicosis pitagórica". La misma fórmula, más secamente desglosada, figura en Schopenhauer. Después de lamentar en el capítulo 35 de *Parerga und Paralipomena* que ni el genio, ni la industria podrán transformar *être debout* en *stehen*, Schopenhauer concluye que se necesita por lo menos una "transferecia de alma". "El atiendo debe ser nuevo pero también debe conservar la forma íntima", escribió Wlanowitz en sus reflexiones preliminares al *Hípodito* (1891) de Eurípides: "*Jede rechte Uebersetzung ist Travestie. Noch schärfer gesprochen, es bleib die Seele, aber sie wechselt den Leib: die wahre Uebersetzung ist Metempsychose*" ["Toda buena traducción es parodia; dicho más exactamente, debe permanecer el alma, pero cambiar el cuerpo; la verdadera traducción es una mefempsicosis."] La letra cambia; el espíritu permanece intacto al mismo tiempo que se renueva. Exactamente como lo pidió San Jerónimo en su célebre imagen del sentido capturado, que aparece en su prólogo a su versión del Libro de Ester: "*Sed quasi captivos sensus in suam linguam victoris iure transposuit*" ["Como a un grupo de prisioneros, llevó al sentido justo a su propia lengua, por derecho de conquistista."]

Todo está en saber *cómo* ¿Cómo alcanzar este ideal de mediación y, de ser posible, cómo sistematizarlo? ¿Dónde hallar los procedimientos de un arte que permita al traductor insaurar ese delicado equilibrio suspenso en el cual, para decirlo con la fórmula de Wolfgang Schadewaldt, "su expresión todavía es inconfundiblemente griega sin dejar de ser auténticamente alemana"?

Veremos que existen numerosas pruebas de que eso se ha podido hacer, pero también veremos que son raros los análisis disponibles.

Ningún traductor ha sabido dar una relación más pomperosa norizada de su vida en la confluencia de las lenguas, ninguno ha sabido aclarar con mayor intensidad e inteligencia el conflicto entre la "letra" y el "espíritu" que Stephen MacKenna. MacKenna consagró su precaria salud física y mental a la traducción de las *Eneidas* de Plotino. Los cinco grandes volúmenes aparecieron entre 1917 y 1930. Prodigiosa empresa solitaria y tan pobremente remunerada, que representa una de las obras maestras de la prosa inglesa y de la sensibilidad artística de la Inglaterra moderna. Es también una hazaña de "poética erudita", de interpretación a la vez exacta y re-

creativa donde se ponen a prueba casi todas las facetas del oficio de la traducción. El diario y la correspondencia de MacKenna, que tan bien ha presentado E. R. Dodds, nos permiten reconstruir en parte el itinerario de su penetración.

Si guiendo a quienes han pensado de modo exhaustivo el problema, MacKenna es partidario de un texto paralelo, pero que goce al mismo tiempo de cierta libertad. "Puedo dar mi testimonio absoluto—escribe en 1919—de que nada puede servir mejor a los clásicos que traducciones orgulosamente libres aunque fundadas, es evidente, en el más amplio conocimiento y acompañadas del texto estricto. El original proconvenido, el lector explora mejor y más a fondo las profundidades de su griego o de su latín gracias a la versión libre—y de nuevo, pienso en la casta libertad, libertad rígida—mente fundada en una servidumbre previa."²⁰ MacKenna se consideraba incapaz de entender las traducciones "que parecían satisfacer los cánones de lo 'literario': cuando se me da una traducción libre hecha por un hombre que conoce a fondo su tema, suelo divertirme descubriendo que a partir de toda esa libertad puedo reconstruir el original griego casi palabra por palabra". Más adelante, en la misma carta afirma que la traducción literal es un híbrido sospechoso de "r" inglés de diccionario bilingüe, r) de inglés bastardo, espantosa mezcla de isabelino, jacobiano, idioma de cuento de hadas, o de la Biblia y de jerga moderna (no la de las palabras sino, lo que es peor, la jerga de expresiones o de sintaxis)".²¹ En una carta impresionante, fechada el 15 de octubre de 1926, MacKenna define con mayor precisión que nunca en qué consiste la modernidad de una buena traducción de los clásicos. "Todo estilo debe ser moderno: "Platón era moderno para Platón." Si el traductor se interesa por un autor antiguo cuando pone manos a la obra, es solamente para que éste sugiera "métodos de construcción que, por analogía, deberían figurar en la lengua de nuestros días... Y aun aquí es necesario irse con tiento: es tan malo adoptar una construcción demasiado antigua como una palabra vieja o no sólo demasiado antigua, sino sistemáticamente suavizada y laboriosamente trabajada". Para expresar su ideal, MacKenna adopta una frase de Herbert Spencer: "Creo que la gran regla es ésta: 'con una dignidad

²⁰ *Journal and Letters of Stephen MacKenna* (comp.), E. R. Dodds, Londres, 1936, pp. 154-155.

²¹ *Ibid.*, pp. 155-156.

apropiada al tema y a su tono para evitar (o reducir) las "fricciones".

Pero si bien luchó con el problema de la naturaleza de la traducción con toda la lucidez y todo el respeto imaginables, Mackenna sabía como nadie hasta qué punto existe en este arte un amplio margen de oscuridad, un anillo de sombra y de "milagro". La metáfora de la metempsicosis va implícita en la anotación de su diario correspondiente al 5 de diciembre de 1907: "Cada vez que vuelvo a sumergirme en Plotino, siento el viejo y febril anhelo: me parece que nací para él y que algún día lo habré traducido con nobleza: mi corazón, sedentario, se vuelve todavía hacia Plotino y arrastra una cadena que se alarga con cada movimiento." En las últimas etapas de su obra, Mackenna podía afirmar sin llamar a engaño: "Lo que he hecho con Plotino es un milagro, el milagro de reequilibrar un espíritu que se zambulle, salta y desaparece como un corcho en las olas de nuestra Bahía de las Islas."²²

Pero el "milagro" nunca es completo. Toda traducción se queda corta. En el mejor de los casos, escribió Huet, la traducción puede, a fuerza de autocorrecciones, aproximarse cada vez más a las exigencias infinitas del original, trazando tangentes cada vez más precisas. Pero no puede haber nunca circunscripción absoluta. Una peculiar tristeza nace del descubrimiento de esta impotencia. Y esa tristeza recorre la historia y la teoría de la traducción. Como decía el poeta y pietista alemán Matthias Claudius: *Wer uebersetzt, der untersetzt*. [El que traduce (que pone arriba) reduce (pone abajo)]. Por rudimentario que sea, su juego de palabras es intraducible. Pero la imagen es eterna. Hay una *miseria* específica de la traducción, una melancolía posterior a Babel. Ortega y Gasset es quien mejor la ha expresado. Sin embargo, el tema es tan viejo como el arte.

Tómense los nombres de San Jerónimo, Lutero, Dryden, Hölderlin, Novalis, Nietzsche, Ezra Pound, Valéry, Mackenna, Franz Rosenzweig, Walter Benjamin, Quine, y se tendrá la lista prácticamente completa de quienes han dicho algo esencial o nuevo sobre la traducción. El número de ideas teóricas, opuestas al caudal de anotaciones pragmáticas, sigue siendo reducido. ¿Por qué tiene que ser así?

2

La traducción no ha sido un tema de primera importancia en la historia y la teoría de la literatura. En el mejor de los casos, ha figurado en ella de un modo marginal. La única excepción la constituye el estudio de la transmisión e interpretación del canon bíblico. Pero se trata de un terreno especial, donde el problema de la traducción no es más que un aspecto del sistema más vasto de la exégesis. No hay ningún tratado sobre la traducción comparable, por su peso y extensión, a la *Poética* de Aristóteles o al tratado de Longino sobre lo sublime. Sólo en fecha reciente (con la fundación de la Federación Internacional de Traductores, en París, en 1953) los traductores han afirmado cabalmente su integridad profesional reivindicando una dignidad corporativa. Hasta ese momento, la descripción que hace Valéry Larbaud del traductor como un mendigo a las puertas de la iglesia tenía mucho de verdad: "*Le traducteur est méconnu; est assis à la dernière place: il ne vit pour ainsi dire que d'aumônes*" [El traductor es desconocido; está sentado en el último lugar: no vive por así decirlo más que de limosnas.]" [Aun el día de hoy, las compensaciones financieras con que se remunera la traducción suelen ser irrisorias si se tiene presente la dificultad y la importancia del trabajo implicado.²³ Aunque el *Index translationum*, publicado anualmente bajo los auspicios de la UNESCO, refleja un aumento notable en el número y la calidad de las obras traducidas, aunque la traducción sea muy probablemente el instrumento más vigoroso y elocuente en la batalla por la adquisición de la ciencia y el conocimiento y la conciencia en los países en vía de desarrollo, el traductor suele ser una presencia fantasmal. Apenas si lo notamos en el reverso de la portada. ¿Quién recuerda su nombre, quién siente gratitud por el trabajo que ha consumado?

Por lo común nunca fue de otro modo. De no haber sido porque Shakespeare se sirvió de Montaigne y de Plutarco, es poco probable que Florio o North hubiesen tenido el modesto lugar que les corresponde siquiera como eruditos y poetas en la historia de las letras inglesas. La versión que hizo Chop-

²³ Se puede encontrar una ingeniosa descripción de la situación entre fines de los cincuentas y principios de los sesentas en el texto de Richard Howard, "A Professional Translator's Trade Alphabet", incluido en *The Craft and Context of Translation*. También hay muchos documentos en *Fug and Unflug des Uebersetzers*, Colonia-Berlín, 1959.

²² *Ibid.*, p. 187.

man de Homero sobrevive, aunque de modo harto distinto, en el soneto de Keats. ¿Quién conoce los nombres de los principales traductores de Bacon, Descartes, Locke, Kant, Rousseau o Marx? ¿Quién puso a Maguilavello o a Nietzsche al alcance de los que no dominan ni el italiano ni el alemán? En cada uno de estos casos, el impulso de la traducción es el del sentido decisivo y la significación, el salto que se para la fuerza local circunscrita de la energía generalizada. Hablamos de la "influencia enorme" de *Werther*, de las manerías en que las novelas de Walter Scott remodelaron la conciencia que Europa tenía de su pasado. ¿Qué sabemos aún de quienes tradujeron a Goethe y a Scott, quiénes fueron los verdaderos mensajeros de tal influencia? La historia, cuando se ocupa de la novela y de la sociedad, habla del impacto que produjeron en Europa James Fenimore Cooper y Charles Dickens. No mencionan en cambio a Auguste-Jean Baptiste DeFaucompret, cuyas traducciones fueron el instrumento de esa repercusión. Sólo los pedantes saben que el byronismo, tal y como se manifestó en Francia, Rusia y el Mediterráneo, resulta en gran parte de las traducciones de Amedée Pichot. Son las traducciones de Cervantes al francés, al inglés y al alemán, respectivamente establecidas por Mortoux, Smollet y Tieck, las que dieron a *Don Quijote* una vida autónoma y una intensa presencia en la imaginación ilustrada. Y sin embargo sólo en fechas recientes el traductor—como Constance Garnett, C. K. Scott Moncrieff, Arthur Waley—ha empezado a desprenderse de ese trasfondo de gris servidumbre. Y aun aquí, suele ser visible como lo es un blanco: descubrimos quién ha vuelto accesibles a Dostoyevski y a Proust cuando caemos en la cuenta de que el trabajo exige ser rehecho.

Salta a la vista, en cuanto nos detenemos a pensarlo, que la historia intelectual, la historia de los géneros, los aspectos concretos de una tradición literaria o filosófica son cuestiones indisolubles de la traducción. Pero sólo en el curso de las últimas décadas se ha prestado atención a la historia y la epistemología de la transmisión del sentido (lo que, técnicamente, podría llamarse "hermenéutica diacrónica". ¿En qué medida el desarrollo de los más decisivos términos filosóficos, científicos o psicológicos está condicionado por las traducciones sucesivas de su definición inicial o normativa? ¿Hasta qué punto la evolución del platonismo occidental, de la imagen del "contrato social", de la dialéctica hegeliana en los movimientos comunistas, es el fruto de traducciones

selectivamente orientadas, variables o completamente erróneas? Las investigaciones realizadas por Koyré sobre la historia de las traducciones de Copérnico, Galileo y Pascal, las de H. G. Gadamer sobre la traducibilidad teórica y práctica de los términos clave en Kant y Hegel, el estudio de J. G. A. Pocock sobre la transmisión a Locke y Burke del vocabulario político del Renacimiento florentino son otras tantas pioneras tentativas. A la fecha, no poseemos más que una inteligencia rudimentaria de los aspectos lingüísticos de la historia intelectual y del análisis comparado de las instituciones. Pero son esenciales. Mientras no se entienda la naturaleza de la traducción, no se podrá explicar qué tipo de corriente recorre al circuito. "El carácter plural del cuerpo político exige que sus redes de comunicación no puedan estar nunca enteramente cerradas, que el lenguaje adaptado a un cierto nivel de abstracción deba ser siempre ampliado y comprendido a otro nivel, que los paradigmas emigren de unos contextos en que desempeñaban únicamente ciertas funciones a otros donde se deben comportar de manera distinta."²⁴ Este "carácter plural" circunscribe la historia del pensamiento. Abrir las redes, propiciar la migración de los parámetros son funciones directas de la traducción. Primero, en el interior de una misma lengua y, luego, de una lengua a otra. No deja de ser extraño que una función como ésta aparezca tan asiduamente como algo anónimo o accidental.

Si convenimos entonces en que la traducción es una cuestión central pero desdénada, si convenimos también, como dicen William Arrowsmith y Roger Shattuck en su prefacio a las actas del Congreso de la Universidad de Texas, en que los "comentarios inteligentes sobre la traducción... son inaccesibles o están desperdigados, ocultos en algún absurdo rincón, mientras sus argumentaciones tienden a ser difusas, entonces todavía está por escribirse la obra realmente completa y de peso, la síntesis docta y pionera".

Pero, ¿la "traducción" es realmente un tema? ¿Se trata de un material cuyo género y orden interno admiten el análisis teórico en cuanto es opuesto de la erudición histórica y la reseña descriptiva? Después de todo, es posible que la traducción no exista en abstracto. Lo que hay es una gama de realizaciones concretas tan vastas y tan variadas que escapan de todo esquema único. Se pueden agrupar y examinar

²⁴ J. G. A. Pocock, *Politics, Language and Time*, Nueva York, 1971, p. 21.

ejemplos de la traducción literaria, desde la *Odissea* de Livio Andrónico hasta nuestros días. Se puede investigar la historia, tan llena de vicisitudes, de la traducción de los términos técnicos, científicos y filosóficos. Sería posible, y apasionante, reunir los testimonios que hay sobre la historia de la traducción comercial, legal y diplomática; seguir al intérprete y sus funciones a través de la historia económica y social. También valdría la pena estudiar y comparar las escuelas para traductores, como las que se cree que florecieron en Alejandría en el siglo II d. c. o en Bagdad bajo la férula de Hunain Ibn Ishaq, durante el siglo IX de nuestra era. Es urgente retomar los grandes textos literarios y filosóficos bajo el ángulo de la "filialción", es decir, establecer un censo pormenorizado de las traducciones sucesivas y emparentadas de un original determinado con objeto de proporcionar bases concretas e indiscutibles que den cuenta de su difusión, influencia y (mala) interpretación. Pero cada uno de estos sectores —en los que casi todo está por hacer— apenas proporciona una definición restringida y fortuita: define y circunscribe un fenómeno o un haz de fenómenos. Pero carecemos de categorías axiomáticas.

Hemos visto que el aparato teórico del traductor es, por lo general, pobre y pragmático. Lo que aporta el historiador o el estudioso de la traducción no es otra cosa que un comentario más o menos elaborado y más o menos agudo de un ejemplo particular. Cotejamos y ponemos en tela de juicio tal o cual versión árabe de Aristóteles o de Galeno. Oponemos la manera en que Roy Campbell trasladó al inglés un soneto de Baudelaire a las lecturas propuestas por Robert Lowell y Richard Wilbur. Ponemos a la misma altura el Shakespeare de Stefan George y el de Karl Kraus. Vemos cómo los alejandrinos de Racine se transforman en hexámetros en la *Phádra* de Schiller. Nos sorprende encontrar los textos de Lenin sobre el empiriocriticismo en urdu y samoyedo. "De ahí que sea desesperadamente necesaria —dicen Arrowsmith y Shattuck— una descripción minuciosa y convincente de los principios apropiados a los diversos géneros", tal y como éstos han aparecido en la historia, al mismo tiempo que "una conciencia de sus papeles divergentes y de sus respectivas virtudes y limitaciones". Se trata, sin duda alguna, de un proyecto de importancia, y que exige tanta ciencia como sensibilidad lingüística. Pero una elaboración semejante todavía estaría lejos de ser un estudio teórico y formal del "tema de

la traducción". Y es que no desemboca en un modelo, con valor de sistema, de la estructura general y de la justificación epistemológica del paso de la significación de una lengua a otra.

Quién sabe si sea posible un modelo así entendido. Los límites del estudio pueden ser los que imponen la acumulación de categorías descriptivas, la adición de atisbos prácticos ordenados según el periodo, el lugar y el género específico. O, para emplear una analogía burda, la disciplina de la traducción puede plegarse a una sistematización según los principios de Linneo, pero no según los de Mendel.

Pero aun si moderamos nuestras ambiciones, si nos limitamos a considerar el estudio de la traducción como taxonómico y descriptivo más que verdaderamente teórico (por "teórico" entiendo susceptible de ser generalizado por inducción, previsible y sometido a la prueba por el absurdo) topamos con una severa dificultad. En la abrumadora mayoría de los casos, el material de estudio es un producto terminado. Tenemos a la vista un texto original y una o más tentativas de traducción. Nuestro análisis y nuestros juicios vienen desde el exterior, llegan cuando todas las piezas ya se encuentran en su lugar. No sabemos prácticamente nada del proceso genético que ha presidido el trabajo del traductor, ignoramos los principios *a priori* o puramente empíricos, las astucias y rutinas que han guiado su elección de tal equívale y no de otro, que lo han hecho preferir un cierto nivel estilístico, que han cedido el lugar a una palabra "x" antes que a una "y". Sólo en ocasiones muy contadas, estamos en posición de diseccionar el texto. Sin duda porque la traducción sólo se estimaba como trabajo de peones, no se han conservado datos de la mayoría de ellas. No se poseen borradores del Rabalais de Urquhart, ni bosquejos manuscritos del Plutarco de Amyot.²⁵ Apenas subsiste un conjunto sumario de las notas provenientes de los cientos de esbozos, ensayos y correcciones preliminares que entraron en la preparación de la Authorized Version de la Biblia.²⁶ El Homero de Pope se cuenta entre las primeras obras maestras de la traducción cuyo manuscrito ha llegado hasta nosotros.²⁷ Pero hasta los

²⁵ Cf. René Stunel, *Jaques Amyot*, Paris, 1908, pp. 357-424, 440-594.

²⁶ Cf. Ward Allen (comp.), *Translating for King James*, Vandenhoeft University Press, 1969.

²⁷ Los manuscritos del Homero de Pope se encuentran en el Museo Británico (Brit. Mus. Add. MSS 4807). Se reproducen algunos breves

documentos posteriores al periodo del siglo XVIII son raros. ¿Cuántos comienzos en falso, cuántas curvas de asociación, cuántas vacilaciones, cuántos garrapateos de la mano y del espíritu presidieron el eco inquietante que es la versión hecha por Chesterton del "Heureux qui comme Ulysse" de Du Bellay, o la recreación genial que hizo Goethe de "Il Cinque maggio" de Muzzoni?

Sólo en fecha muy reciente, y ésta ya es una revolución, la "anatomía" y la materia prima de la traducción están a disposición del analista metódico. Tenemos las cartas donde Ezra Pound habla a W. H. D. Rouse de su traducción de Homero; la posdata de Robert Fitzgerald a su *Odyssey*, en la que se esfuerza por consignar los itinerarios específicos de la elección y del rechazo; la irónica memoria, sembrada de trampas para el incauto y, sin embargo, profundamente aleccionadora, donde Nabokov expone cómo tradujo *Eugenio Onegin al inglés*; las observaciones sumarias pero incisivas con que Pierre Leyris acompañó sus traducciones de Hopkins; el ensayo de Christopher Middleton, "On Translating a text by Franz Mon", publicado en el primer número de *Delos* en 1968; la recapitulación hecha por John Frederick Nimes del oficio y de los ideales del traductor en su colección *Poems in Translation*; las notas reunidas por Octavio Paz mientras vertía al español el *Sonnet en "ix"* de Mallarmé.* El archivo Valéry Larbaud en Vichy contiene abundante material, aún no explotado, sobre el proceso de trabajo que desembocó en las notables versiones francesas de *Moby Dick* y de *Ulysses*. Aunque incompletos, existen esbozos de la versión francesa de "Anna Lyvia Plurabelle" emprendida por Samuel Beckett y sus estudiantes, entre ellos Jean Paul Sartre y Paul Nizan. A partir de 1920, y de modo más deliberado y metódico después de la segunda Guerra Mundial, los traductores han empezado a conservar sus bosquejos, borradores y proyectos sucesivos. Es poco probable que Michel Butor destruya los borradores donde se plasman sus intentos de encontrar una imagen simétrica en francés de *Finnegan's Wake* o que los esfuerzos de Anthony Burgess por hacer lo mismo en italiano no pasen a la posteridad —notas, borradores, pruebas corregidas y todo lo demás— después de una temporada en los extractos en el Apéndice C, vol. X de la Edición Twickenham de sus obras, Londres y Yale University Press, 1967.

* Octavio Paz, *El signo y el garabato*, Joaquín Moritz, México.

fondos reservados de alguna universidad norteamericana. Lo aún informe nos fascina.

Pero si bien el tipo reciente de documentación favorece una observación más pormenorizada, un examen más nutrido, en los planos técnico y psicológico de la actividad del traductor y de las técnicas concretas con que ejecuta su arte, el análisis seguirá anclado en el nivel de lo descriptivo y lo aislado. No porque aumenten el número y la transparencia de las muestras aisladas se volverá la disciplina más homogénea y más rigurosa desde el punto de vista formal. Sigue estando "sometida al gusto y al temperamento individuales antes que a la ciencia".²⁸ Arrowsmith y Shattuck se equivocan con toda seguridad cuando deducen, como su programa lo revela sin discusión posible, una sistematización más progresiva, un avance desde el inventario y atisbo particular hasta la generalidad y estabilidad teórica. "Traducir de una lengua a otra dice Wittgenstein— es una tarea matemática, y la traducción de un poema lírico, por ejemplo, a una lengua extranjera, es bastante similar a un *problema* matemático. Pues se podría abordar así el problema: '¿Cómo traducir (esto es, reemplazar) esta broma, por ejemplo, por otra broma en otra lengua?' Y el problema puede ser resuelto; pero no hay ningún método sistemático para hacerlo."²⁹ Es muy importante captar el distinguo que propone Wittgenstein, y entender cómo la "solución" no es incompatible con la ausencia de una búsqueda sistemática de la solución: la delicadeza y complejidad de la idea es realzada por la analogía con las matemáticas, unas matemáticas que admiten soluciones pero no métodos sistemáticos de solución. Esta distinción se aplica, según creo, no sólo a la traducción, sino también a las descripciones y los juicios que de ella podemos hacer. El resto de esta obra va a empeñarse en demostrarlo tan claramente como sea posible y en sugerir las razones por las que es así.

Manifiesta y fundamentalmente, estas razones son de orden filosófico.³⁰ Hemos visto hasta qué punto la teoría de la traducción —si es que en verdad hay una, a diferencia de un aco-

²⁸ E. S. Bates, *Interrtraffic, Studies in Translation*, Londres, 1943, p. 15.

²⁹ Ludwig Wittgenstein, *Zettel*, 698, Oxford, 1967, p. 121.

³⁰ Antes se hubiese dicho "teológica". Se trata de un cambio de "respectabilidad" terminológica. Pero justamente porque rechazamos este desplazamiento convencional y porque se niegan a establecer la diferenciación implícita, Rosenzweig y Walter Benjamin escribieron textos tan hondos y tan importantes sobre la traducción.

pio de recetas ideales— gira monótona, alrededor de polaridades no definidas: "letra" o "espíritu", "palabra" o "significado". Se da por sentado que esa dicotomía posee una significación susceptible de análisis. Se trata de un acto de prestidigitación, al mismo tiempo que de una flaqueza epistemológica. Hasta en aquellos momentos de la historia del pensamiento en que la epistemología era intensamente crítica y autocrítica, cuando la naturaleza de las relaciones entre "palabra" y "sentido" era rigurosamente puesta en tela de juicio, las discusiones sobre la traducción se desarrollaban como si el problema fuese anodino, como si estuviese resuelto o fuera extraño a la cuestión. Cualesquiera que sean las formulaciones, *non verbum e verbo, sed sensum exprimere de sensu*, siempre da por sentado precisamente aquello que requiere demostración. La fórmula presupone que existe una significación literal ligada a las unidades verbales, que por lo común se conciben como palabras aisladas, extraídas de un contexto puramente lexicológico—significación que difiere del "verdadero sentido del mensaje" y cuyo traslado directo lo falsificará. Según la calidad de su razonamiento lógico, el interesado en la traducción considerará la "significación" como algo más o menos inevitablemente trascendental. La imagen subyacente es cruda y permanece con la mayor frecuencia en la penumbra de lo vago. La significación se encuentra "dentro de las palabras" del texto fuente, aunque para el autor nativo éste sea "mucho más" que la suma de las definiciones del diccionario. El traductor debe actualizar el "sentido" implícito, el conjunto de denotaciones, connotaciones, deducciones, intenciones y asociaciones que se encuentran contenidos en el original, pero que no están implícitas o que sólo lo están en parte, sencillamente porque el auditor o lector nativo tienen una comprensión inmediata de ellas. El sentido del terruño que escapa en una muy amplia medida a la conciencia clara, puesto que es heredado y específico de una cultura, la inmersión prolongada en el contexto que conviene al enunciado oral o escrito, hacen posible la economía de medios, lo implícito fundamental de la lengua y de la escritura corrientes. En la traducción, el movimiento de paso o "transferencia" deja escapar en grado más o menos considerable el carácter inherente de las significaciones, la condensación en el hueco de las palabras, bajo el efecto del contexto, de sentidos múltiples y hasta contradictorios. De este modo, la dinámica de la traducción es primordialmente

explicativa, explica o, para decirlo mejor, "explicita" y hace tangible todo lo que puede de las inherencias semánticas del original. El traductor intenta inhibir "lo que ya está ahí". Como toda explicación es adición, como no se limita a reformular la unidad original, pues debe crearle un contexto ilustrativo, un campo de ramificaciones concretas y perceptibles, la traducción es siempre inflacionaria. No puede esperarse razonablemente que el texto-fuente y la traducción tengan las mismas dimensiones. En su forma natural, la traducción excede al original o, según expresa Quine: "Desde el punto de vista de una teoría de la significación translacional, lo más notable a propósito de las hipótesis analíticas es que exceden todo lo implícito en las disposiciones lingüísticas de la conducta del habla."³¹

Esto resulta inevitable si se tiene en cuenta que las justificaciones epistemológicas y argumentos formales que llevan a considerar la "significación" como dissociable de la "palabra" y que al mismo tiempo se añade a ella son inciertas en el mejor de los casos. El razonamiento base no es de orden analítico sino circular o, en el sentido exacto de la explosión, gira en redondo alrededor del problema. Da por supuesta una comprensión analizable de los procesos según los cuales las "significaciones" se derivan de las palabras, residen en ellas o las trascienden. Pero es justamente esta comprensión la que la traducción pretende legitimar y poner en juego (es el movimiento circular el que vuelve las afirmaciones de Whorf a un tiempo imprescindibles y vulnerables). Lo cual quiere decir, en otras palabras, que de Cicerón y San Jerónimo hasta nuestros días el problema de conocer el grado y cantidad de la fidelidad reproductora que debe alcanzar el traductor no ha pasado de ser una ingenuidad o una mentira filosófica. Postula una polaridad semántica entre "palabra" y "sentido", para en seguida discutir la mejor manera de explotar el "espacio que las separa". Este esquema simplista refleja indudablemente nuestro comportamiento ante la lengua natural. Corresponde a ese doble movimiento de la referencia ("buscar una palabra") y de la reformulación inflacionaria que gobierna una buena parte del discurso humano. "Las intuiciones —admite Quine— son inobjetables a su modo." La teoría de la traducción no merece ser responsabilizada por no haber resuelto los problemas de la significación de las relaciones entre las palabras y la composición del mundo a los

³¹ *Word and Object*, de W. van Orman Quine, p. 70.

que la lógica y la metafísica continúan dando respuestas provisionales, sobre todo si se tiene en cuenta hasta qué punto está embebida de literatura y como la guían los expedientes y casos concretos y contradictorios. El error en el plano de la teoría, consiste en haber maniobrado *como si* esos problemas de relación estuviesen resueltos, o como si su solución se dedujera claramente de la traducción misma. La *praxis* va delante, debe conducirse *como si*; la teoría no puede permitirse esa licencia.

Vale la pena observar que el desarrollo de la fenomenología moderna ha consolidado las zonas donde se cruzan la teoría de la traducción y las investigaciones generales sobre el sentido y la significación. El rigor de los conceptos, el idioma de Husserl, Merleau-Ponty y Emmanuel Levinas imponen a cualquiera que se precupe por la naturaleza de la traducción una conciencia más completa, una inquietud más fecunda ante las ideas de identidad y de alteridad, de intencionalidad y la significación. Cuando Levinas escribe que *le langage est le dépassement incessant de la Sinegebung par la signification* [la significación trasciende constantemente la designación] no está lejos de asimilar todos los actos verbales a una traducción según las modalidades descritas en el punto de partida de este estudio.³² En fenomenología, las ontologías parecen meditaciones sobre la "transportabilidad de las significaciones".

Pero esta creciente reciprocidad entre la epistemología y la lógica, por una parte, y la teoría de la traducción-interpretación por la otra, ¿ofrece alguna promesa de entendimiento sistemático? Pero, ¿qué quiere decir aquí en realidad "entendimiento"?

Supóngase que formulamos la pregunta del modo más tajante. "¿Qué es entonces la traducción?" "¿Cómo pasa el intelecto humano de una lengua a otra?" "¿Qué género de respuestas es de esperar? ¿Qué es necesario demostrar para que esas respuestas sean verosímiles o simplemente posibles? Hasta ahora, la teoría y el análisis de la traducción se han comportado como si lo supiéramos, o como si el saber que daría valor a esta pregunta ya estuviera a la vista, supuesto un plazo razonable de tiempo dados los progresos contemporáneos de la psicología, la lingüística y de algunas otras "ciencias" legitimadas. Estoy convencido, por el contrario, de

³² Emmanuel Levinas, *Totalité e infini*, La Haya, 1961, p. 273. Cf. también pp. 35-53, 179-183, 270-274.

que no podemos afirmar con precisión qué buscamos y en consecuencia, cuáles y cómo podrían ser las respuestas satisfactorias. Una indeterminación radical caracteriza la pregunta, las soluciones imaginables y, es evidente, las relaciones que las crean. Probarlo equivale a resumir lo que he dicho hasta aquí.

3

Una "teoría" de la traducción, una "teoría" de la transferencia semántica, debe significar necesariamente una de dos cosas. O bien es una manera deliberadamente agudizada, y orientada por la hermenéutica de designar un modelo de trabajo para todos los intercambios significativos de la totalidad de la comunicación semántica (incluida la traducción intersemiótica o "transmutación" de Jakobson). O bien sólo es una sección de ese modelo que se refiere de modo específico a los intercambios entre lenguas, a la emisión y la recepción de mensajes significativos a través de lenguas distintas. Los capítulos anteriores han hecho claras mis preferencias. La designación "totalizante" es la más rica e instructiva, pues parte del principio de que toda articulación expresiva, toda recepción acompañada de interpretación representa un fenómeno de traducción, ya sea en el interior de una misma lengua o de una lengua a otra. La segunda opción —"la traducción pone en juego dos o más lenguas"— tiene la ventaja de ser evidente y comúnmente admitida, pero es, según creo, peligrosamente restrictiva. Sin embargo, no es ésta la cuestión. Una o las dos concepciones de "teoría", la totalizante o específica por traducción, pueden adecuarse y tener pertinencia dentro de un sistema en la medida en que estén ligadas a "una teoría del lenguaje". Esta liga puede ser de dos tipos. A veces se trata de una yuxtaposición integral, de una isometría absoluta, es decir, "una teoría de la traducción es de hecho una teoría del lenguaje". O puede haber una estricta dependencia formal: "la teoría del lenguaje es un todo, del cual la teoría de la traducción sólo es una subdivisión". La totalidad de las geometrías engloba y recubre a la perfección el estudio de las propiedades y relaciones de todas las magnitudes en todos los espacios concebibles. Éste es el primer tipo de relación. Una geometría particular, la geometría plana por ejemplo, se deriva rigurosamente de una ciencia más general y es una categoría de ella. Esto es el segundo tipo. Pero no es posible tener una "teoría de la geometría plana"

o una "teoría del sentido geométrico" sin una "teoría de las geometrías" o Geometría previa.

Es necesario hacer hincapié en esta afirmación trivial. Ni siquiera Quine es bastante prudente cuando define lo que es una "teoría" auténtica. La sola noción de una teoría madura de las condiciones de posibilidad y realización de la traducción, la idea de un modelo capaz de dar cuenta de las funciones y atributos mentales que allí intervienen, presupone una teoría sistemática del lenguaje con la que traslapa, o de la que se deriva como caso particular según reglas demostradas de deducción y aplicación. No veo cómo evadir esta verdad de Perogrullo. No por ello es menos cierto que carecemos de tal teoría del lenguaje (tampoco aquí hemos interrogado suficientemente a fondo lo que esa expresión implica). Los testimonios disponibles sobre los puntos clave que tal teoría debería definir y elevar al rango de axioma están lejos de ser constantes, estadísticamente completos o experimentalmente verificables. En lo fundamental, se reducen a datos fragmentarios, hipótesis antagónicas, conjeturas y conjuntos de imágenes. La lingüística se encuentra aún en la etapa de las hipótesis rudimentarias en lo que concierne a las cuestiones esenciales en relación con una comprensión razonada de la naturaleza de la traducción. Se han reunido algunas dimensiones y medidas detalladas, algunos trucos deslumbrantes de virtuosos y profesionales y un cierto número de pronósticos a muy largo plazo. Pero faltan los *Elementos* euclidianos.

Toda comprensión es interpretación activa. El enunciado más literal (¿qué es, realmente, un enunciado "literal"?), todo enunciado literal posee una dimensión hermenéutica. Pide ser ser descrito. Significa más o menos, o algo distinto, de lo que dice. Solo las tautologías se superponen exactamente a su propio enunciado. Y las tautologías puras son, a lo que parece, extremadamente raras en el lenguaje humano. Por el hecho de ubicarse en instantes sucesivos a lo largo del tiempo, la repetición no es garantía de equivalencia neutra en el plano lógico. Por ello, el lenguaje engendra —si la gramática lo permitiera, nos gustaría decir que el "lenguaje es" un exceso de significación (la significación es la plusvalía del trabajo efectuada por el lenguaje). Una asimetría fundamental rige el proceso y los medios de la significación lingüística. Quizás haya allí un indicio, sólido pero elusivo, útil para esclarecer la cuestión de los orígenes sobre la que, según hemos visto, no se ha dicho prácticamente nada sensato. La asimetría en-

tre los medios puestos en obra y los resultados obtenidos puede ser un rasgo lógico pero también evolutivo del lenguaje.

En 97 % de los adultos, el lenguaje se encuentra controlado por el hemisferio izquierdo del cerebro. La diferencia se deja ver en la anatomía de la capa superficial del lóbulo temporal: en 65 % de los casos estudiados, el *planum temporale*, ubicado en el lado izquierdo del cerebro, es un tercio más largo que el lado derecho.³⁸ Esta asimetría, al parecer de origen genético, es tanto más sorprendente cuanto que la gran mayoría de los seres humanos son diestros. Las más antiguas herramientas de piedra conocidas dan testimonio de ello. No se ha observado ese desequilibrio ni en los primates ni en ninguna otra especie animal. E. H. Lenneberg ha sugerido en sus *Biological Foundations of Language* * que tal vez existan nexos biogenéticos y espaciales entre la asimetría y los orígenes del lenguaje. ¿Quién sabe si esa hipótesis no puede ser generalizada?

Se ha supuesto que los homínidos abandonaron los árboles a fines del mioceno o a principios del plioceno. Este paso a un hábitat plano supone un entricuamiento y una aplicación extraordinaria de los contactos sociales. El sistema arcaico de llamadas ha dejado de ser funcional y el lenguaje viene a remplazarlo. (Observamos, de nuevo, un caso curioso de asimetría o "deslizamiento": el oído humano es muy sensible a los sonidos correspondientes a frecuencias de cerca de 3 000 ciclos por segundo, mientras que cuando los hombres, mujeres y niños se expresan normalmente, su voz se encuentra por lo menos dos octavas más abajo de la escala. Quizá los sistemas de llamadas y el lenguaje coexistieron, al menos durante largo tiempo, en frecuencias colindantes.) Algunos antropólogos sostienen que la aparición del "lenguaje verdadero" fue más súbita y que coincidió con los progresos instantáneos que coincidieron con el súbito "salto adelante" en la elaboración y diversificación de las herramientas hacia el final del último período glacial. Ninguna de las dos hipó-

³⁸ Cf. Norman Geschwind y Walter Levitsky, "Human Brain: Left-Right Asymmetries in Temporal Speech Regions" (*Science*, cxvi, 1968), y Norman Geschwind, "Language and the Brain", *Scientific American*, cxxvii, 1972.

* Eric H. Lenneberg, *Fundamentos biológicos del lenguaje*, con dos apéndices por Noam Chomsky y Otto Mark. Versión española de Natividad Sánchez-Sanz Trápaga y Antonio Montemios. Madrid, 1975. Alianza Universidad.

tesis puede ser verificada. Pero no es imposible que ambas pierdan de vista la importancia de la asimetría. Vale la pena recordar la tesis de Pavlov, tan a menudo reiterada: las modalidades del aprendizaje y del lenguaje no son las mismas en los hombres y en los animales. El aumento de la complejidad es de tal modo pronunciado que basta para hablar de salto cuántico. Los hombres podemos expresar infinitamente más cosas de las que nos son indispensables para una estricta sobrevivencia. Queremos decir infinitamente más de lo que decimos. Las fuentes de lo superfluo, que se vuelven a encontrar en el plano anatómico en las asimetrías de la corteza, engendran nuevos excedentes, nuevas plusvalías. La asimetría, en el sentido esencial que la topografía del cerebro materializa, fue el punto de partida. Puso en movimiento la disonancia, la dialéctica de la conciencia humana. A diferencia de las especies animales, los hombres están en desequilibrio dentro del mundo y con él. El lenguaje es la consecuencia y el mantenedor de ese desequilibrio. La interpretación (la traducción) impide que los desbordamientos del exceso inventivo abrumen al instrumento y lo desorganicen. Pone freno a la intención privada, a las significaciones múltiples, por lo menos en ese plano accesible que es el del consenso funcional. Inmersos en una ambigüedad que es en cierto nivel ontológica y, en otro, irónica e idiomática, política o social, hablamos a la izquierda sin dejar de actuar a la derecha. La traducción interviene; restringe el perpetuo instinto hacia la dispersión. Una vez más, todo esto no pasa de ser una hipótesis.

Prácticamente, casi todo lo que sabemos sobre la organización de las funciones del lenguaje en el cerebro humano proviene del examen de casos patológicos. Ha sido registrado en condiciones anormales en el curso de intervenciones quirúrgicas del cerebro, estimulando por medio de corrientes eléctricas aquellas regiones expuestas a la observación y los efectos más o menos controlables de algunas drogas sobre las funciones cerebrales. La imagen que nos hacemos de las regiones lingüísticas del cerebro es, por así decirlo, una extrapolación hecha a partir de los desórdenes del lenguaje que ha sido posible seguir. Estos elementos, que se remontan a los célebres textos de Paul de Broca elaborados en el decenio de 1860, son bastante numerosos. Sabemos no pocas cosas sobre la especialización de las regiones cerebrales, sobre el modo en que ciertas regiones de la corteza controlan funciones lingüísticas bien determinadas. Las lesiones en la región

de Broca, tercera circunvolución frontal del lado izquierdo, determinan una afasia particular. La articulación de las frases se hace farfullante y elíptica; las conjunciones y las terminaciones se desvanecen. Las lesiones en la región de Wernicke, que también pertenecen al hemisferio izquierdo aunque se halla fuera y detrás de la región de Broca, se traducen en una afasia completamente distinta. La elocución sigue siendo rápida, la gramática es respetada, pero el discurso carece de contenido. El paciente se sirve de palabras y frases desprovistas de sentido en sustitución de las que debería articular normalmente. Sonidos incorrectos se deslizan en lo que de otro modo serían palabras correctas. La afasia descrita por Carl Wernicke, unos diez años después de Broca, está muy cerca, corolario fascinante, de la creación y generación de neologismos y metáforas. En ciertos casos, la paráfrasis fonética o la sustitución imprevisible dan resultados que rayan en la inspiración. En cierto sentido, el poeta o el creador especializado en el equívoco y el juego de palabras es el hombre capaz de desencadenar y seleccionar entre una afasia de Wernicke; la secuencia "Simbad el marino" del *Ulises* de Joyce esencial: aunque los sonidos no verbales y la música sean normalmente percibidos por el oído, la lesión de la región de Wernicke menguaría considerablemente la comprensión. Cuando ambas regiones están intactas pero se encuentran comunicadas, la comprensión subsiste en gran parte, la elocución corriente se mantiene, pero el habla se vuelve anormal y el paciente es incapaz de repetir un enunciado.

El estudio de estas afasias y de otros aspectos de la neurofisiología del cerebro permite elaborar un modelo de la organización del lenguaje. Las regiones de Broca y de Wernicke tienen funciones especializadas según que el enunciado sea oral o escrito. Por ejemplo, al dar lectura a una palabra, la circunvolución situada en la parte posterior del hemisferio izquierdo recibe un estímulo proveniente de las regiones de especialización visual de la corteza. Después de haber pasado por el "transformador", por decirlo así, el estímulo suscita a su vez la forma auditiva de esa misma palabra en la región de Wernicke. Si la palabra va a ser pronunciada, la "corriente" toma la dirección inversa yendo de la región de Wernicke a la de Broca.³⁴

³⁴ Cf. O. L. Zangwill, *Cerebral Dominance and Its Relation to Psychological Function*, Londres, 1960; T. Alajouanine, *L'aphasie et le*

Haber alcanzado ese nivel de conocimiento y haber reunido pruebas suficientes para respaldar ese modelo representa una labor monumental. Sus consecuencias en el plano de la terapéutica y del conocimiento saltan a la vista. Pero aún no se ha probado que un esquema neurofisiológico, un análisis y un tratamiento más profundo de los estados patológicos lleven a comprender cómo se produce el lenguaje. Conocer el desarrollo de un proceso, poseer la gráfica de las operaciones sucesivas no es lo mismo que conocer la naturaleza de las fuerzas que allí entran en juego. La descripción topográfica establecida para un fenómeno de éste puede bien ser superficial. Afirmar, como hacen los manuales y libros de texto, que la tercera circunvolución frontal "transforma" un *input* [aducio] auditivo en un *output* [educto] o *feedback* visual y verbal, equivale a remplazar un vocabulario de imágenes por otro. A diferencia de los "espíritus animales" de la fisiología cartesiana, la nueva terminología tomada de la electroquímica permite y racionaliza el tratamiento médico. Es un inmenso paso adelante. Pero al fin y al cabo, ese paso es empírico y no necesariamente está fundado en el análisis. No se sabe de qué se está hablando, incluso si nuestro discurso es capaz de producir técnicas terapéuticas benéficas y comprobables en el plano experimental.

¿Cuál es la dinámica de la conceptualización? ¿Cómo se traducen los estímulos sensoriales en unidades verbales apropiadas y cómo se acoplan a ellas? ¿En qué medida la matriz verbal —dispuesta de antemano o bien capaz de autocorrección— es gatillo y recipiente de las percepciones visuales, auditivas, olfativas y táctiles? ¿Cómo son "almacenadas" las palabras y las unidades de información? ¿En virtud de qué electroquímica los fenómenos de escritura y memoria garantizan la concatenación adecuada de captación de información, clasificación, rememoración y emisión? ¿Se organiza el lenguaje en un sistema de reglas al nivel de la zona común a las regiones antiguas y más recientes de la corteza? ¿Se trata, en un sentido imposible de expresar con claridad, de una versión adaptada de los procesos anteriores y mucho más

profundos de codificación, repetición y puntuación que adoptan la estructura genética y la transmisión de las formas orgánicas? ¿Hasta qué punto los centros lingüísticos de la corteza son susceptibles de una mayor y más propia evolución? (¿Podemos siquiera "imaginar" un tipo de lenguaje más elaborado?)

En nuestros días se consagra a estos problemas considerable reflexión e investigación experimental. Las matemáticas de espacios y tableros interactivos multidimensionales, la aplicación del "comportamiento de las computadoras" a posibles modelos de las funciones cerebrales, el estudio teórico y mecánico de la inteligencia artificial, están dando origen a una corriente de ideas complejas y que suelen ser ricas en sugerencias. Pero me parece justo decir que nada de lo propuesto hasta ahora por las concepciones teóricas y las reproducciones mecánicas llega a tener ni remotamente el alcance y la complejidad de las realidades lingüísticas más rudimentarias. El hiato no sólo se debe a una gran diferencia en los órdenes de complejidad. Parece más bien que el concepto de una "explicación" neuroquímica del lenguaje y la conciencia humanos —ambos son prácticamente indisolubles— fuera ilusorio. La acumulación de datos provenientes de la fisiología y la práctica terapéutica podrían desembocar en un tipo distinto de conocimiento, aunque éste no fuera necesariamente utilizable en este campo. Una divergencia como ésta no esconde ningún misterio. He venido recalcando que las preguntas que planteamos al lenguaje y las respuestas que recibimos en y del lenguaje son irrevocablemente lingüísticas. No podemos formular preguntas ni enunciar respuestas sin el auxilio de las estructuras del lenguaje que son precisamente el objeto de nuestro análisis. Aún no está demostrado que las ciencias, por avanzadas que lleguen a estar, sean capaces de conducir a través de vías y procedimientos razonables a un punto de vista externo. No podemos evadirnos de la piel de nuestra piel. Por supuesto, estamos una vez más en el terreno de la conjetura. De lo que sí se puede estar seguros es de que ninguno de los modelos disponibles hoy día ni concebibles en un futuro cercano justifican la invocación de una "teoría de la generación del lenguaje o de la transformación del material del conocimiento en unidades semánticas".

Los zoológicos señalan que los sistemas de llamadas de los monos gibones llegaron a diferenciarse en lo que se podría llamar "dialectos" locales. Al parecer, las señales que emiten

las ballenas y los delfines dejan ver ciertos rasgos específicos de la manada, que varían de un grupo a otro. Pero no se puede establecer si esas variaciones fonéticas, por manifestamente estables que sean para la identificación mutua y el deslinde territorial, presentan analogías con la especialización de las formas del lenguaje o si son apenas un esbozo rudimentario. La diversidad y la incomprendibilidad mutuas de las lenguas son, hasta donde sabemos, hecho exclusivo del hombre y no pueden ser disociadas del lenguaje tal y como lo conocemos. No tenemos ninguna idea de sus orígenes ni de su etimología más profunda.

He expuesto mis convicciones de manera esquemática. En una muy amplia medida, las lenguas son otras tantas refutaciones tentativas e intrínsecamente creadoras de las restricciones y limitaciones universales que imponen la biología y la ecología. Son los instrumentos de almacenamiento y transmisión de la experiencia acumulada y del paisaje imaginario particulares de una comunidad determinada. No sabemos todavía si las "estructuras profundas" postuladas por las gramáticas generativas y transformacionales son de hecho universales de sustancia. Pero si lo son, *las increíbles diversidades de las lenguas que los hombres han hablado y hablan pueden aparecer en abierta rebelión contra las limitaciones ciegas de los universales biológicos. Las "estructuras de superficie" y su abrumadora variedad serían un medio de escapar de las "estructuras profundas", antes que su vocalización accidental.* Las lenguas hablan a la conciencia de sus usuarios con una densidad y una fuerza de sugestión compartida que sólo son acordadas parcialmente y de mala gana al mundo exterior. Un enorme porcentaje de la lengua es enclaustramiento y oscuridad deliberada. La voluntad que gobierna todo eso es tan antigua, las modalidades de su ejecución están tan alejadas de nuestros humores públicos que nuestra conciencia ha dejado de tenerlas presente. Pero sobrevive en la estructura multiestratificada del lenguaje, en su tenaz excentricidad y se revela por completo en el punto de confluencia de las lenguas. Nada que pueda ser probado. Estoy profundamente convencido de que la hipótesis de la "alternidad", la meta-información o la no-información es la que mejor describe la diversidad lingüística tal y como se manifiesta en los hechos. Al parecer engloba una porción de realidad semántica, histórica y psicológica más importante que otras conjeturas. Veremos cómo esta hipótesis se impone cuando nos ocupemos de

los problemas concretos de la traducción, cuando la naturaleza polisémica y hermética de los enunciados se nos imponga en toda su materialidad. Es concebible que hayamos interpretado erróneamente el mito de Babel. La construcción de la torre no coincidió con la desaparición de un monismo privilegiado, de un estado de universalidad lingüístico. La desquiciante profusión de las lenguas existió desde siempre, complicando materialmente la ejecución de las empresas humanas. Pero cuando intentaron levantar la torre, las naciones del mundo tropezaron con el gran secreto: la comprensión verdadera sólo se daba en el silencio. Se pusieron a construir sin decir palabra: ése era el peligro para Dios.

Cualesquiera que sean las causas, la situación de pluralidad lingüística obliga o acicatea a cierta parte de la humanidad a hablar más de una lengua. Determina igualmente el carácter a menudo interlingüístico de los intercambios informativos de los mensajes verbales que condicionan la vida en sociedad. La traducción es un imperativo. La condición poliglota y las exigencias que de ella se desprenden tienen un vínculo absoluto con el hecho de que la mente humana posea la facultad de aprender y almacenar más de una lengua. Semejante facultad no tiene nada de evidente ni está dictada por leyes orgánicas: Es un atributo complejo y sorprendente. Sus orígenes históricos son totalmente oscuros, pero es probable que coincidan con los orígenes de la especialización de los organismos sociales en el terreno del trabajo y de la industria. No sabríamos decir si tiene límites. Existen testimonios confiables de políglotas que tienen un dominio aceptable de un número de lenguas que puede elevarse hasta veinticinco. ¿Es el único límite la duración de la vida media del individuo? El estudio del aprendizaje y del desarrollo del lenguaje en niños de diversas edades constituye un amplio campo de estudio.³⁵ Aunque las teorías chomskianas subestiman bastante el papel de los factores ambientales en relación con las disposiciones innatas —pues resulta claro que ambos tipos de elementos entran en juego y se modelan mutuamente— las gramáticas transformacionales han hecho progresar enormemente el análisis de la adquisición del lenguaje. También se han hecho investigaciones sobre el crecimiento lingüístico de individuos

³⁵ Para una lúcida investigación, cf. M. M. Lewis, *Language, Thought and Personality in Infancy and Childhood*, Londres, 1963. Cf. también D. O. Hebb, W. E. Lambert, E. R. Tucker, "Language, Thought and Experience", (*The Modern Language Journal*, LVII, 1971).

bilingües.³⁶ Con todo, hasta el día de hoy los resultados no han superado el plano general e intuitivo del tipo: la capacidad para aprender fácilmente una segunda o una tercera lengua disminuye con la edad; o bien se han limitado a estadísticas carentes de verdadero interés sobre el ritmo de adquisición de las vocales, consonantes y fonemas durante los primeros años de vida.³⁷ Ni el modelo de competencia/actuación propuesto por Chomsky ni las investigaciones sociolingüísticas que tienen por objeto el estudio de niños o comunidades plurilingües explican verdaderamente lo que quiere decir "aprender una lengua" o "aprender dos o más lenguas", en el nivel fundamental del sistema nervioso central.

En fechas recientes se ha proclamado que es posible interpretar el aprendizaje y la memoria a la luz de la bioquímica. Desde el punto de vista del cerebro humano, el proceso del aprendizaje representa la modificación más directa del medio ambiente. Las investigaciones de Holger Hyden, de Steven Rose y de algunos otros neurofisiólogos y bioquímicos prueban que el aprendizaje, que se puede definir como una repetición prolongada de los estímulos de información, va acompañada por ciertos cambios en la síntesis de las proteínas en las regiones involucradas de la corteza. Se ha demostrado que un cambio específico del medio ambiente pone en movimiento a un grupo bien determinado de neuronas. Cuando ese cambio es sostenido y orientado de algún modo, como sucede en el curso de la recepción e interiorización de los fenómenos de experiencia y de información, las propiedades de las neuronas involucradas se transforman. El estudio experimental parecería demostrar que su fisiología y sus pautas de asociación

³⁶ El estudio más detallado sigue siendo el de W. Leopold, *Speech Development of a Bilingual Child: a Linguist's Record*, Northwestern University Press, 1939-1947.

³⁷ Cf. Roman Jakobson, "Les lois phoniques du langage enfantin et leur place dans la phonologie générale", en N. S. Troubetzkoy, *Principes de Phonologie*, Paris, 1949 y Helen Couerlas y Sol Saporta, "Phonological Development in the Speech of a Bilingual Child", *Language Behavior*, compilado por J. Alkin, A. Goldberg, G. Myers, J. Stewart, La Haya, 1970. Tres aspectos especiales del aprendizaje bilingüe son respectivamente examinados en W. E. Lambert, "Measurement of the Linguistic Dominance of bilinguals", *Journal of Abnormal Social Psychology*, 1, 1955; M. S. Preston y W. E. Lambert, "Interlingual Interference in a Bilingual Version of the Stroop Color-Word Task", *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, viii, 1969; y J. C. Yulie, A. Paitivo, W. E. Lambert, "Noun and Adjective Imagery and Order in Paired-Associate Learning by French and English Subjects, *Canadian Journal of Psychology*, xxiii, 1969.

ción están sujetas a variaciones. Esta "reconfiguración" sería la base material y el esquema físico según el cual se organiza la memoria. Cuando el estímulo se debilita, se hace raro o desaparece por completo, es decir, cuando el cerebro ya no es llamado a registrar o volver a desplegar el *corpus* de información, los cambios que afectan a las neuronas desaparecen, éstas recobran su disposición original, quizás indiferenciada o dictada por el azar. En la medida en que la información es energía, el olvido es entropía. Se comienzan a establecer algunas correspondencias entre las actividades eléctricas de la corteza sometida a estímulo y las reacciones bioquímicas subsiguientes que, al parecer, controlan la recepción, la conservación y la recuperación del saber en el cerebro humano.

No es imposible que los próximos años asistan a un progreso considerable en la inteligencia de la bioquímica del sistema nervioso central. Si bien en el plano práctico y conceptual, resulta harto difícil aislar un solo tipo de estímulo entre los fenómenos de la excitación, pues el contexto del medio ambiente interviene en todos los puntos, los perfeccionamientos de la microbiología pueden llevar a establecer correspondencias entre ciertas categorías de información y algunas modificaciones particulares de la síntesis de los prótidos y del agrupamiento de las neuronas. La idea de que lo que aprendemos nos moldea y da forma podría alcanzar un corolario concreto en el nivel bioquímico. Pero las pruebas y testimonios reunidos hasta el momento no permiten superar el nivel de las abstracciones más rudimentarias. La neuroquímica de la adquisición y el aprendizaje de la comprensión de las variaciones del RNA que quizás acompañan el "almacenamiento" del idioma en los centros de la memoria y las terminales sinópticas situadas al nivel de la corteza requieren modelos de multidimensionalidad de una complejidad que supera todo lo que podamos imaginar. Es posible concebir la información en términos de entorno y medio ambiente. El proceso de aprendizaje y el ordenado "apilamiento" de la memoria deben constituir también un fenómeno dinámico, orientado en varias direcciones. El cerebro no es nunca un tímpano pasivo. Aun cuando escape a la conciencia y tenga algo de reflejo, la interiorización pone en acción toda una red de identificaciones por asociación, de redistribuciones de impulsos distribuidos en serie. El razonamiento por analogía halla su contrapartida en ciertos mecanismos que afectan a las neuronas y en virtud de los cuales una nueva unidad de infor-

nación es etiquetada antes de ser "insertada" en el sitio correcto. Debe considerarse a la corteza como un espacio dinámico en que estímulo y respuesta, cambio y continuidad, herencia y medio ambiente son totalmente recíprocos, y se definen mutuamente en totalidad.

Pero es necesario recordar que el medio ambiente recubre aquí mucho más que los fenómenos neuroquímicos que desencadena la acción de un estímulo sobre estructuras biogénicas innatas. El aprendizaje y la memoria están condicionados en todo momento por factores sociales e históricos. En sustancia y en concepto, la información resulta indiscionable de los juicios de valor. La ideología, las condiciones económicas y las consideraciones de clase, el momento histórico desempeñan un papel de primera importancia cuando se trata de definir el contenido, la importancia relativa, el reconocimiento mismo del saber en cuanto tal, o de seleccionar los elementos de información o de experiencia dignos de ser perennidos. Todas estas categorías no tienen gran cosa de permanente. Las diversas épocas y sociedades imponen al sistema nervioso central diferentes conjuntos de estímulos. Este es, sin ninguna duda, el caso del lenguaje. Una teoría de la elaboración del lenguaje, fundada en un hipotético postulado de la competencia innata y de la actuación derivada de una "relación ideal entre el locutor y el interlocutor" no es más que una huera abstracción. La arista donde convergen la neuroquímica del aprendizaje y de la rememoración de la lengua de un lado, y del otro el marco sociológico en el seno del cual el ser humano practica una lengua no es una frontera distante. La corteza y el "mundo exterior" en el seno del cual el lenguaje puede ser considerado como una forma de trabajo, de producción social, de intercambio económico e ideológico, no se pueden separar sin intentar contra la congruencia. Tejen entre ambos el marco generador de la conciencia, un tejido de conciencia que es también entorno.³⁸ Pero el número

³⁸ Es en este punto donde las críticas marxistas que hacen de la lingüística chomskiana un "mentalismo vacío" tan ingenuamente determinista como las teorías de Skinner resultan más reveladoras. Cf. F. Rossi-Landi, *Il linguaggio, come lavoro e come mercato*, Milán, 1968; J. Kristeva, *Эпигенезис. Recherches pour une sémanalyse*, París, 1969, particularmente pp. 280-285; Denis Slakta, "Esquisse d'un théorie lexicosémanitique; pour une analyse d'un texte politique", en *Larrages*, XXII, 1971; Augusto Ponzio, "Grammatica trasformazionale e ideologia politica", *Ideologie*, XVI-XVII, 1972. Para una exposición sumaria y una

de las variantes y parámetros es tan elevado y las modalidades de interacción son tan complejas que no es posible ni analizarlas ni representárselas con ayuda de los instrumentos de que se puede disponer en la actualidad o que estarán a la mano en un futuro previsible.

Introspectivamente, extraemos y esbozamos imágenes. Por eso nos describimos "buscando" una palabra. Cada vez que fracasas o giras en el vacío, la búsqueda, el acto de escudriñar, evocan circuitos eléctricos. La sensación correspondiente, o mejor dicho, las imágenes convencionales que nos hacemos de los procesos subliminales, dejan una impresión tenaz de tanteos nerviosos que "intentan conectar aquí o allá", de retiradas que se verifican cuando la corriente no pasa o cuando la línea está cortada, de ensayos de canales alternativos que terminan cuando se hace el contacto correcto. La sensación de un "casi-hallazgo" puede llegar a ser táctil. La palabra o la expresión buscada está a una micra del escrutador; se balancea tenaz en el borde mismo de la recuperación. El foco de la concentración se vuelve nervioso e insistente como si quisiera vencer la resistencia de un obstáculo material. Duelen los "músculos" de la atención. Luego, se derrumba la barrera y la expresión o la palabra buscada iluminan con su destello la conciencia. Ignoramos las leyes químicas que allí entran en juego, pero la idea de localización correcta, de sensación de algo que "cae en la ranura adecuada" se imponen aunque sólo sea por la silenciosa pero inequívoca impresión de alivio, por el chasquido liberador que acompaña al momento de la rememoración. Cuando la palabra exacta es identificada, la tensión desaparece, se reanuda la corriente, y entiendo corriente en el doble sentido de "flujo" y de "rutina habitual". En recompensa, espoléada por los estimulantes o por circunstancias dramáticas o bien en medio de la extraña e ingravida tensión que caracteriza a la fatiga intelectual, la resistencia disminuye en los circuitos verbales, y los atajos se multiplican. Repican todas las campanas. Los homónimos, las palabras vecinas por su sonido o su sentido, las sinécdotes, las analogías, se propagan a gran velocidad en la superficie de la conciencia siguiendo una lógica que puede parecer incongruente pero que nunca es gratuita. Los acrósticos y crucigramas se resuelven con mayor rapidez que la del lápiz. Tenemos la impresión de saber mucho más de lo que habíamos bibliografía completa, cf. F. Rossi-Landi, *Ideologies of Linguistic Relativity*, La Haya, 1973.

mos olvidado, como si se hubiesen galvanizado los sedimentos repentinamente ubicados en el centro de la memoria, esas reservas que por lo general no se tienen en cuenta porque su huella no es muy profunda o porque no han sido sistemáticamente etiquetadas. En otro nivel de la experiencia corriente, se producen cortocircuitos, y las líneas conductoras saltan. Los morfemas idénticos, los matices asociados o las expresiones mutiladas se imponen con obstinación al oído interno, como un foco que se prendiera y apagara sin razón alguna. La corriente de la memoria está bloqueada en parte. Puede pensarse que los sueños son ensayos de contexto por asociación, figuraciones que tienen por objeto rodear de una suerte de racionalidad los hilos conductores cruzados del discurso inconsciente que se halla bloqueado.

Aunque nebulosas y atadas a un haz fortuito de metáforas protectoras—circuitos eléctricos, almacenamiento en baterías o, en una trasposición más apropiada, documentos ológrafos y bancos de datos—, todas estas sensaciones mal definidas (búsqueda ansiosa, distensión después del descubrimiento, resistencia atenuada bajo ciertas condiciones, líneas conductoras cruzadas o en cortocircuito) sugieren una matriz espacial, arreglos y ordenamientos que se dan en un universo dimensional. Parecería que los idiomas tienen un volumen o que se inscriben en él.

Esta impresión es todavía más nítida en el políglota. "Conecta" una lengua con otra según un movimiento que es sentido como lateral, vertical o ambos a la vez. Cuando pasa de su lengua materna a una adquirida más tarde, el sentimiento de pasar por una pendiente cada vez más escarpada, por ranuras cada vez más reducidas puede ver visceral. El desnivel se reduce cuando se recurre constantemente a la otra lengua. Esta es una observación tan común como aquella otra de que no cultivar una lengua tiene como resultado una cierta pérdida de los matices del vocabulario y de la gramática cuyo recuerdo ha dejado de ser inmediato, y esto sucede hasta en el caso de la lengua materna, aunque en un grado menor. Por otra parte, la práctica simultánea de dos lenguas, sin reglas de alternancia bien definidas suele crear efectos de interferencia, como por ejemplo cuando la expresión que se busca en una de las lenguas es desplazada o velada momentáneamente por la frase correspondiente en la otra. Por típicos e impresionistas que sean, estos hechos de la experiencia con su asiduo cortejo de manifestaciones quínicas o

al menos neurofisiológicas, evocan una vez más la idea de localización. Las diversas lenguas que conoce y habla el políglota tendrían de algún modo una distribución "espacial" en la corteza. Las muy recientes investigaciones que han sido llevadas a cabo con esquizofrénicos bilingües (y "esquizofrenia" es una de esas palabras que lo quieren decir todo sin decir nada) pueden proporcionar una clave convergente del mismo orden. Los pacientes que oyen "voces" o que sufren alucinaciones sitúan estos fenómenos solamente en una de sus dos lenguas. Cuando se les interroga en la lengua "buena", sus respuestas y análisis introspectivos no dan muestra alguna de interferencia patológica. Ello tendería a probar que las lesiones cerebrales funcionales de ciertos tipos de esquizofrenia se limitan a una sola zona de la expresión verbal, dejando intactas a las otras, y que es posible que cada zona englobe u organice una y sólo una de las diversas lenguas.⁹⁸

Lo que es cierto y seguro es que la proximidad, la facilidad de recordar las diferentes lenguas en los enunciados del políglota es, en grado esencial, una función del entorno. El humor, el ambiente social, el cuadro en que se inscribe influyen sobre la prioridad lingüística. Después de unos cuantos días pasados en un país donde se habla una de mis "primeras" lenguas, no me contento con reintegrarme a ella con un profundo sentimiento de soltura y lógica esencial recuperadas; pronto me pongo a soñar en esa lengua. En muy poco tiempo, la lengua que hablaba en otro país cobra una coraza de extrañeza. Se ha desplazado así horizontalmente como en relación con un centro: existe la profundidad de lo que está enterrado y una profundidad muy distinta de la sollicitación inevitable y espontánea. Esta sensibilidad de la "topografía" lingüística ante los factores sociales psicológicos y acústicos que privan en el ambiente basta para retutar las tesis más sectarias de las gramáticas generativas y transformacionales, por lo menos en lo que se refiere a la función innata en el lenguaje. El mundo que nos rodea se abre paso hacia el interior en todo momento y va a manipular y reagrupar las capas del habla.

"Capas", es, por supuesto, una tosea manera de decir las cosas. Acaso no signifique nada. La organización espacial, las relaciones de contigüidad, de aislamiento, las ramificaciones que traducen la disposición relativa de las lenguas en el

⁹⁸ Este trabajo experimental ha sido hecho por R. E. Hemphill del Hospital Groote Schuur, en Ciudad del Cabo. La información aparece en el *Times* de Londres, 10 de enero de 1972, p. 3.

cerebro del políglota, y en especial en el del bilingüe auténtico, deben ser sin duda de una complejidad topográfica tan profunda que nos resulta difícil de representar. Albergo el sentimiento de que el mapa de contactos y transferencias interlingüísticas en mi mente, como en la de cualquier políglota, se organiza según dos jerarquías dominantes por lo menos. Una de ellas parece fundada en las analogías objetivas (ecos recíprocos) y en los contrastes mnemónicos entre las unidades fonéticas de las diferentes lenguas. La otra jerarquía parece fundada en una red personal increíblemente compleja de asociaciones entre morfemas o unidades semánticas por un lado, y acontecimientos de mi vida privada por el otro. Esta segunda topografía funciona sin tomar en cuenta las barreras lingüísticas formales. En otras palabras, por lo menos uno de los modos de distribución espacial en mi conciencia de los materiales fonéticos, gramaticales y semánticos combina las lenguas que conozco intercalándolas según criterios de proximidad de antétesis, de parentesco o de exclusión que traspasan varias lenguas y que me son enteramente personales. Así, una de mis "lenguas", probablemente la más rica es una trama múltiple cuyas pautas me son propias a pesar de que su trama sea manifestamente el producto de los instrumentos colectivos y de los aspectos concretos, generados por las normas del inglés, del francés, del alemán y del italiano. Además, navegando "entre" las lenguas, en medio de lo que percibo confusamente como un campo complejo y sumamente cargado donde reinan los matices y lo indeterminado, observo acercamientos, correspondencias, atajos que no sólo están fundados en los sonidos, las variaciones de una misma significación, las asociaciones que caracterizan mi vida, sino también en los valores plásticos y táctiles de las palabras. El fenómeno subyacente es de orden poco conocido. Las palabras poseen sus "contornos", sus ángulos, sus huecos y toda una energía tectónica. Estos rasgos funcionan a un nivel muy profundo y que resulta menos fácil de definir que los de la semántica o de la fonética. En una matriz multilingüe, esos rasgos pueden cruzar las lenguas de un lado al otro ligándolas entre sí. Cuando se aprende un nuevo idioma, es posible que esas modalidades de evocación por superposición se revelen como auxiliares preciosos. No es raro, como veremos, que las grandes traducciones avancen por tanteos encontrando el perfil que engrana con las rugosidades correspondientes mucho antes de ir en busca de una significación simétrica.

Fue la meliflua convexidad de *quamve* (cf. el alemán *Qualm*) respaldada por el filo literal —acústico también, por supuesto— de *bitistis*, y reforzada por *aquam*, que es una palabra menos "líquida" que *quamve*, lo que inauguró la travesía de Erza Pound en el *Homage to Sextus Propertius*: "what water has mellowed your whistles?" Los poetas llegan hasta oler las palabras.

Sin embargo, todo esto no son más que representaciones simples, hechas de impresiones, de metáforas apenas esbozadas y de comparaciones que giran alrededor de un campo tan obvio como el de la electrónica. Es muy probable que la interiorización del idioma y de otros idiomas en la mente humana ponga en juego fenómenos en los que el espacio sea simultáneamente objeto y agente del orden, es verosímil que estén allí implicadas jerarquías de distribución del tiempo y del espacio. Pero todavía no se cuenta con una topología de los espacios de n -dimensiones que permita esbozar así sea del modo más elemental, un modelo de los "espacios-idomas", establecidos en el sistema nervioso central. Estos últimos amparan la existencia autónoma de las lenguas aisladas al mismo tiempo que hacen posible la adquisición de otras lenguas y las formas más profundas de penetración recíproca. Permiten a las lenguas apartarse de la "superficie" o del "centro" de movilización espontánea, para luego dejarlas volver. Las membranas que aseguran la diferenciación y el contacto, el juego de la ósmosis interlingüística, las restricciones que conservan el equilibrio entre el lado benigno del uso público meramente léxico, y la profusión potencialmente caótica, de la invención y de los mecanismos de la asociación privada, la velocidad y la precisión de las operaciones de recuperación y desarte que están activos en la paráfrasis o en la traducción más elementales, se caracterizan por un grado de complejidad y de evolución acabada que no es posible representarnos satisfactoriamente, y ya no digamos analizar sistemáticamente.⁴⁰

En resumen, no poseemos todavía un modelo de trabajo de la neuroquímica del lenguaje y su etiología histórica. La antropología no nos ofrece ningún testimonio sobre las causas o el desarrollo en el tiempo de su múltiple diversificación. Los modelos disponibles de los procesos de aprendizaje y de memorización son ingeniosos pero puramente hipotéticos

⁴⁰ El intento más inteligente de establecer ese tipo de análisis es el emprendido por René Thom, en *Stabilité structurelle et morphogénèse*, Reading, Mass., 1972, pp. 124-125, 309-316.

y elementales. No sabemos casi nada de la organización y el almacenamiento de varios idiomas que coexisten en la misma mente. ¿Cómo podría haber entonces, en cualquier sentido estricto del término, una "teoría de la traducción"?

Teniendo en cuenta las reivindicaciones de la lingüística desde finales de los años cincuenta, he intentado mostrar en los capítulos precedentes que el estudio del lenguaje no es en la actualidad una ciencia. Al terminar la parte abstracta de esta obra, tengo la tentación de ir más lejos. Es muy probable que nunca sea una ciencia. El idioma es, en aspectos esenciales del uso y de la comprensión, idioléctica. Cuando un individuo se expresa, efectúa una descripción parcial del mundo. La comunicación depende de una traducción más o menos completa, más o menos consciente de esa "percepción parcial", y es, también, una superposición más o menos profunda de esa "parcialidad". Una traducción de las modalidades según las cuales un ser humano asocia palabra y objeto exigiría que su interlocutor tuviera un acceso absoluto a su conciencia, lo cual significaría que ese interlocutor tendría que sufrir un "cambio mental absoluto". La idea carece de sentido en sustancia o en el plano lógico. Nunca podría demostrarse que un fenómeno semejante ha tenido lugar. El discurso, la interpretación del discurso, se ubica al nivel de la lectura palabra por palabra y frase por frase. No existe un acceso privilegiado a una totalidad subyacente.

¿En presencia de qué nos encontramos al ocuparnos de los aspectos concretos sociológicos y culturales de la traducción? Para decirlo con términos de Wittgenstein, tenemos "soluciones", a menudo sensatas e inspiradas y de gran provecho para nuestra comprensión de los idiomas y para la historia de la afectividad; pero no debemos ir en pos de un "método de solución" universal, axiomático o verificable desde el exterior. En todo paso de una lengua a otra lo indeterminado reina en cuanto principio, sostiene Quine. "No puede haber duda alguna de que sistemas opuestos de hipótesis analíticas pueden abarcar a la perfección el conjunto del comportamiento lingüístico, y de que también pueden recubrir la totalidad de las disposiciones innatas al lenguaje, y no obstante desprender traducciones incompatibles de una multitud de frases que escapan a toda verificación independiente."⁴¹ Hemos visto que

⁴¹ W. van Orman Quine, *Word and Object*, p. 72. Aunque las expresiones filosóficas sean muy diferentes, los juicios de Wittgenstein so-

las razones de este estado de hecho residen en la naturaleza misma del lenguaje y de la diversidad lingüística, que son inseparables de las funciones de no información, de poética y de campo privado que constituyen los atributos creadores del lenguaje humano.

Un error, una mala lectura está en el origen de la historia moderna de la traducción. En las lenguas romances la palabra "traducción" viene de *traducere* porque Leonardo Bruni interpretó mal una frase de las Noches Áticas de Aulo Gelio, donde el latín significa en realidad "introducir, hacer entrar". La anécdota es trivial y sin embargo simbólica. En los anales de la traducción no es raro que un error de feliz lectura sea fuente de nueva vida.

Las precisiones que hay que buscar en este terreno son ex-bre la traducción en las *Investigaciones filosóficas* (23, 206, 243, 528) no están muy lejos de las opiniones de Quine sobre lo indeterminado. La tesis de Quine sobre la pluralidad indeterminada al nivel formal de traducciones igualmente válidas de frases determinadas ha hecho correr mucha tinta. Hay que remitirse a los intercambios de R. Kirk, "Translation and Indeterminacy", *Mind*, lxxviii, 1969, con A. Hyslop, "Kirk on Quine Bilingualism, *Mind*, lxxxi, 1972. La crítica más lúcida todavía es la de John M. Dolan en "A Note on Quine Theory of Radical Translation", *Mechanical Translation and Computer Linguistics*, x, 1967. Dolan se propone mostrar a través de un riguroso análisis de las premisas de Quine "que la teoría es, en el mejor de los casos, una explicación incompleta, y así, no se sigue del análisis proyectado para apoyarla". La crítica de Dolan y su sugerencia de que sus argumentaciones socavan algunas de las retenciones de Quine a propósito de la distinción entre analítico y sintético, son impresionantes. Pero, según creo, sólo ayudan a consolidar los elementos "empírico-descriptivos" o "empírico-intuitivos" del modelo de Quine. Este último todavía parece explicar mucho más satisfactoriamente que cualquier otro modelo propuesto la indeterminación en la traducción de frases de "ocasión no observacional", así como las conformidades reales observadas en las hipótesis analíticas, tácticas, de hablantes bilingües. En una palabra, las refutaciones de Dolan vuelven aún más gráfica la situación antropológico-lingüística que Quine plantea. El tratamiento crítico hecho por Michael Dummett de la explicación de Quine sobre la indeterminación, que se halla en Frege: *Philosophy of Language*, Londres, 1973, pp. 612-623 apareció demasiado tarde para que yo pudiese sacar partido de ella. Sólo llamaré la atención sobre la crucial observación de Dummett (p. 617) según la cual no hay en el modelo de Quine de la multiplicidad de traducciones diferentes posibles, nada que nos pueda impedir adscribir esta "evidente incompatibilidad a la eq" "ocasión". Es éste, exactamente, el punto que he intentado desarrollar. Pero lo que sorprende a Dummett y a otros críticos profesionales de Quine, sin duda a justo título, como una falla del sistema, me parece ser un aspecto del realismo y de la perspicacia psicológica de la exposición de Quine.

tremas pero escapan a todo sistema. Al igual que las mutaciones en el mejoramiento de la especie, las grandes traducciones parecen tener al azar por necesidad. La lógica es posterior a los hechos. No se trata de una ciencia sino de un arte exacto. Aportaré algunos ejemplos.

V. EL DESPLAZAMIENTO HERMENÉUTICO

1

El DESPLAZAMIENTO hermenéutico, el acto de esclarecer, trasladar y anexar la significación, consta de cuatro aspectos. Se parte de una confianza inicial; de una convicción apoyada en la experiencia anterior, pero epistemológicamente frágil y psicológicamente riesgosa; con un dar crédito a la significación total; a la "seriedad" del texto propuesto o, para hablar con rigor, adverso. Aventuramos un salto al frente: concedemos, riguroso, que "hay algo allí" que debe comprenderse; que el traslado no será vacío. Todo entender y, con mayor razón el aserto demostrativo de haber entendido qué es la traducción, se inicia con un acto de confianza. Confianza, por lo común, inmediata y espontánea, pero no por ello menos compleja en su fundamento. Constituye una convención operativa, derivada de una secuencia de hipótesis fenomenológicas sobre la coherencia del mundo; sobre la presencia de la significación en sistemas semánticos muy diversos y, quizá, antitéticos en lo formal, sobre la validez de la analogía y la semejanza. La generosidad radical del traductor ("Concedo de antemano que debe de haber algo allí"), su confianza en la "otra" manera de decir, aún no evaluada ni explorada, concentran en grado filosóficamente abrumador la propensión del hombre a considerar el mundo como algo simbólico; como un todo constituido de relaciones en las que "esto" puede equivaler a "aquello", y en el que debe de ser así, efectivamente, tiene que haber significaciones y estructuras.

Pero la confianza no se otorga nunca de una vez por todas. Se ve traicionada, trivialmente, por lo incoherente; por el descubrimiento de que "no hay nada allí" que pueda traducirse y esclarecerse. Las rimas sin sentido, la *poésie concrète*, la glosolalia, son intraducibles porque están vacías de mensaje léxico, o deliberadamente privadas de significación. Sin embargo, la confianza también se pone a prueba, con mayor o menor rigor, en la rutina cotidiana del aprendizaje de una lengua y en la traducción (dos procesos, por otra parte, íntimamente relacionados entre sí). "¡Esto no quiere decir nada!", exclama el niño exasperado ante su manual de latín, o el principalmente frente a su método *Berlitz*. Se trata de